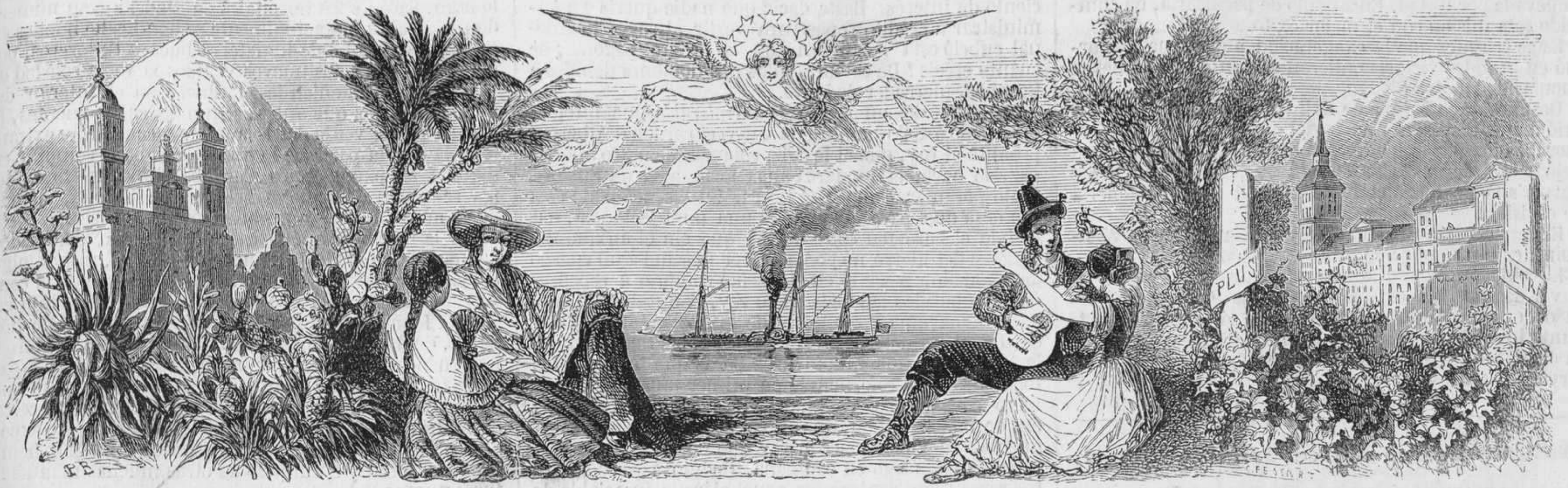


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

Año 20. — N° 467.

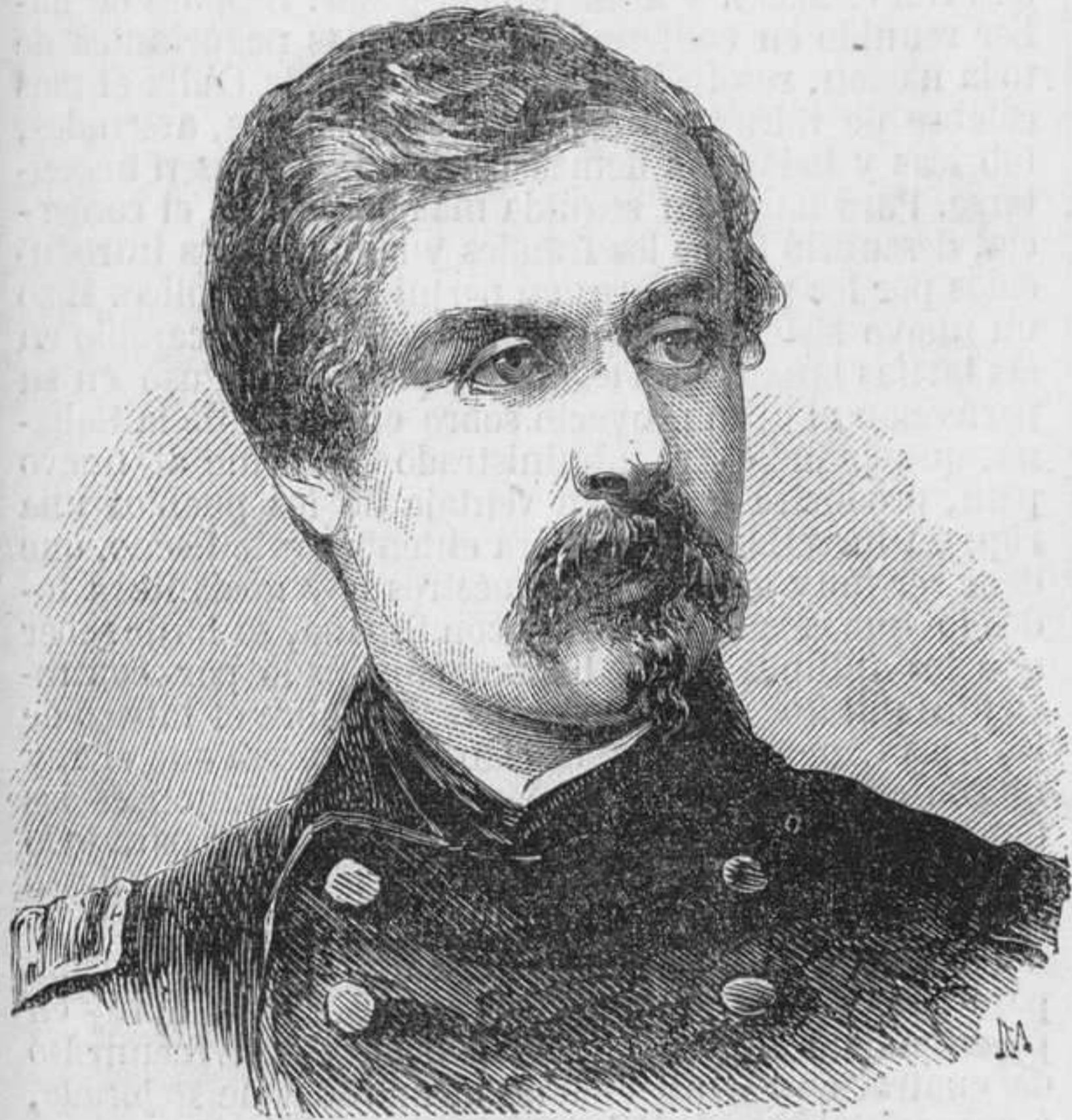
SUMARIO.

Mac-Clellan; grabado. — Incendio del *Harvey-Birch*; grabado. — El comodoro Dupont; grabado. — Noticias acerca del cardenal Alberoni. — Inauguración del ferro-carril de Bolonia á Ancona; grabados. — Teatro imperial Italiano; grabado. — La posesión imperial de Villeneuve-l'Étang; grabados. — Revista de Paris. — El pajarero. — Los espíritus. — Atenas; grabados. — El ángel de la muerte. — Las guerras; grabados. — El Matadero; grabados. — La polka. — Las flores de tu jardín. — Revista de la moda. — La fiesta de Navidad en la baja Bretaña; grabados.

Incendio del «Harvey-Birch.»

MAC-CLELLAN Y EL COMODORO DUPONT.

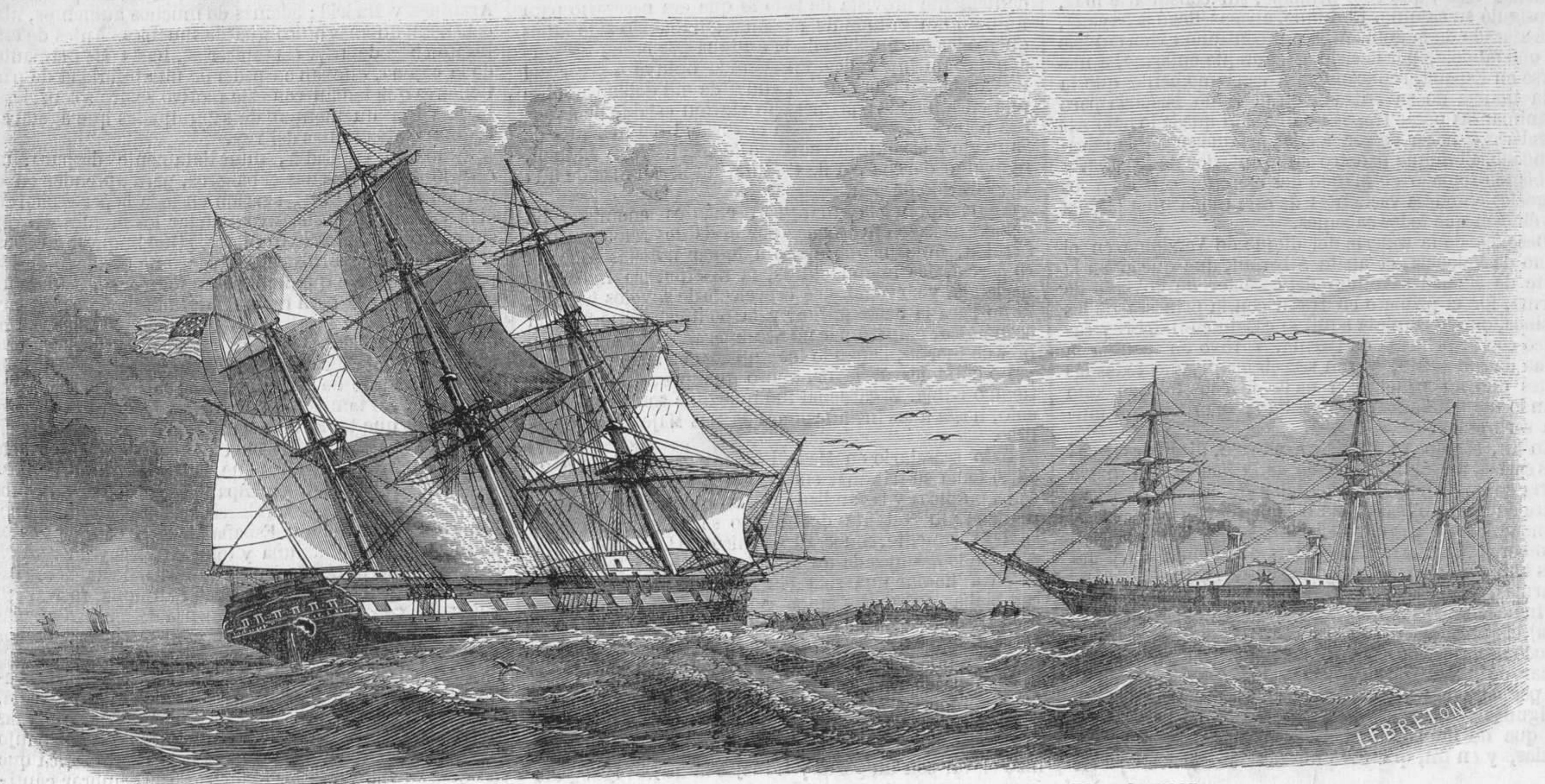
Damos en la primera página de este número un grabado que representa el incendio del *Harvey-Birch*, buque federal que salió del Havre con destino á Nueva York, y que fué detenido en el mar por el *Nashville*, que le evaba la bandera de los confederados. El capitán del *Nashville* ordenó á los hombres del *Har-*



MAC-CLELLAN, mayor general de las tropas federales.



EL COMODORO DUPONT, comandante de la expedición naval de los Estados de la Union.



INCENDIO DEL HARVEY-BIRCH (Estados de la Union), POR EL BUQUE CONFEDERADO EL NASHVILLE.

vey-Birch que salieran del vapor, les permitió que tomaran algunos efectos, y mandó quemar el buque federal, orden que fué ejecutada inmediatamente.

En la misma página verán nuestros lectores los retratos de Mac-Clellan y del comodoro federal Dupont.

El general Mac-Clellan mandaba hace algun tiempo en el Oeste de la Virginia, provincia fiel á la Union y sublevada por mitad. Encargado de pacificarla, ha cumplido esta mision con el mejor éxito.

Estos triunfos que la exageracion americana trasformó en grandes victorias, dieron al punto una inmensa popularidad á Mac-Clellan.

Despues de la batalla de Bull Run, el presidente confirió á Mac-Clellan el mando del ejército vencido y desmoralizado. Por consiguiente reune en la actualidad bajo sus órdenes todas las tropas del Potomac, desde Harper's Ferry hasta el mar. Tiene el título de general de division.

El general Mac-Clellan, alumno de la escuela de West-Point, es un hombre de treinta y cinco años.

El comodoro Dupont que manda la grandé expedicion naval dirigida por el Norte contra los Estados confederados, es un marino consumado. La toma de Beaufort, punto importante entre Savannah y Charleston, es para él un asunto serio. El comodoro Dupont está en el servicio desde 1815. E. T.

Noticias acerca del cardenal Alberoni

RELATIVAS Á LA HISTORIA DE ESPAÑA.

Es bien conocido en la historia del reinado de Felipe V el nombre del célebre cardenal Julio Alberoni, que aunque italiano, fué por algun tiempo ministro de aquel monarca é hizo cosas muy memorables en su ministerio. En un manuscrito de la biblioteca del Arsenal en Paris hay una curiosa é interesante carta, escrita el 19 de julio de 1721 y dirigida á un marqués genovés por un prelado romano que era el mismo Alberoni, justificando los actos de su gobierno.

Hé aquí el contenido de este curioso é interesante documento histórico:

«Todas las cartas (venidas de España en gran número) convienen en que el primer paso dado por el cardenal, entonces abate Alberoni, á favor de la España, fué la negociacion en que se condujo con tanto arte como habilidad en la corte de Francia y cerca del duque de Alba, entonces embajador de España en Paris, para inclinar al duque de Vendoma á tomar el mando de los ejércitos de esta corona. Despues de muy grandes dificultades, cuyo detalle seria demasiado largo, habiendo la negociacion tenido un feliz éxito, el duque de Vendoma se puso en camino, seguido del abate Alberoni; pero con la noticia que tuvo al acercarse á Bayona, de la derrota de los españoles en Zaragoza y con el falso rumor de que el rey católico habia sido herido mortalmente en el combate, el duque quiso en el instante mismo retroceder para no ser en España inútil espectador de la confusion de los demás y de la suya propia.

Mas el abate Alberoni le representó entonces con tanta energía la vergüenza que resultaria al nombre de Su Alteza, haciéndole entender que una coyuntura tan espionosa era el digno objeto de los deseos de un príncipe de su valor, de quien todo el universo esperaba el restablecimiento de los negocios en España, ó á lo menos una muerte que correspondiese á esta digna esperanza, y no una fuga tan cobarde que haria que triunfasen los émulos de su gloria; en fin, el abate habló con tan animoso despejo (como el duque de Vendoma lo dijo muchas veces) que este príncipe, sin consultarle mas, prosiguió su camino. El duque, apenas llegó á Bayona, fué atacado de la gota. Alberoni continuó exhortándole y obligándole, por decirlo así, aunque enfermo, á meterse en España, replicándole á cada momento que la sola noticia de su entrada en el reino bastaria para reanimar las pocas tropas que habian quedado bajo sus banderas y hacer volver á ellas las que se habian desbandado. El duque penetró en lo interior de España, y habiendo tomado el mando del ejército, causó en los negocios entonces vacilantes de esta monarquía la feliz revolucion que todos sabemos.

Despues de la muerte del duque de Vendoma en el reino de Valencia, el abate Alberoni, que quedó en la corte de Madrid revestido del carácter de enviado de Parma, fué el primero en tratar con la princesa de los Ursinos, que lo confiesa aquí, el casamiento del rey católico con la princesa de Parma, y tuvo en seguida la dicha de concluirlo, y tan secretamente que todas las cortes que no penetraron nada de este tratado sino cuando fué enteramente concluido, manifestaron mucha sorpresa.

En fin, siendo ya ministro, pareció, dicen las mismas cartas, un hombre que no tenia mas pasion que la gloria de su príncipe, las ventajas de los pueblos y el lustre de la nacion. Dió una ojeada sobre el estado de la monarquía y encontró en ruinas las rentas del rey, el comercio, la marina, las Indias abandonadas treinta años habia á la rapacidad de los extranjeros, ni tropas, ni armas, ni artillería, ni dinero (que ya no venia de las Indias, mientras que salia abundantemente de España), el reino desprovisto de manufacturas y careciendo de todo; sobre esto, el tesoro real tan agotado que (sin hablar de los tiempos de calamidad del rey Carlos II, que por falta de dinero no pudo ir al campo en verano, ni algunas veces salir de su palacio, porque sus cocheros, que no estaban pagados, se habian retirado á las iglesias, y en fin, que tuvo un dia mucho trabajo en

tener que comer, cosa deplorable de ver en tal miseria á un príncipe que enriqueció á toda la Europa) el cardenal se vió obligado á recoger los coches que la difunta reina habia mandado hacer en Paris, donde quedaban detenidos por falta de treinta mil libras que aun se debian. Si la nueva reina quiso por primera vez ir al campo, fué preciso que pidiese dinero prestado á doce por ciento de interés. Baste decir que nadie queria ya suministrar á crédito ropas para vestir al rey. El cardenal cubrió esta vergüenza con el pronto pago... ¿de cuánto creéis? De setenta y dos mil doblones debidos á Boucher, mercader de Paris.

En vista de un estado tan deplorable que hubiera espantado á todo hombre de valor, el cardenal Alberoni protestó al rey, que si le daba solamente cuatro años de paz, le haria el monarca mas formidable de Europa, tanto por mar como por tierra. En ejecucion de esta promesa que pareció entonces una pura jactancia, habiendo el cardenal considerado que sin el auxilio del fuego y del hierro no podia volver la salud á un cuerpo gangrenado, resolvió en sí mismo comprar á espensas del odio público la gloria de su rey, el restablecimiento de la monarquía y el interes de la nacion, aun á pesar de ella, si era necesario en este desígnio. Limpió luego la España de una infinidad de bocas que le chupaban toda la sangre, reformando en primer lugar aquel número considerable de guardias de corps; cuya tropa era de tal gravámen, que en un consejo público el duque de Vendoma declaró al rey que no los queria absolutamente consigo en campaña. Redujo á solos cuatro tesoreros y dos contralores aquel ejército insaciable de tesoreros, contralores y tantas otras gentes, por las manos de quienes, en lugar de la opulencia que se esperaba de ellos, no resultaba al rey mas que indigencia, usurpando cada uno y apropiándose las rentas públicas.

El cardenal Alberoni, para detener el curso de tal desórden, abrió el palacio de Uceda y de él hizo el archivo público de todos los papeles para los negocios corrientes, haciendo trasladar los otros al famoso archivo de Simancas. Aquel lugar fué aplicado á los consejos, á los tribunales, á la tesorería general, al registro ó contraloría, etc., é hizo mandar por un real decreto que todos los tribunales estarian abiertos para la comodidad pública tres horas por la mañana y tres por la tarde; y para que la recompensa correspondiese al trabajo, aumentó del doble, por una asignacion fija sobre las rentas del rey, los sueldos de todos los oficiales de los tribunales de Madrid, los que antes independientes estaban por lo tanto muy expuestos á la prevaricacion.

El cardenal unió la caridad á la justicia, y habiendo sabido por el padre Daubenton (confesor del rey) que la difunta reina habia reunido en un hospicio provisional algunas pobres muchachas abandonadas y errantes por la villa, fué pronto allá con aquel padre. Allí encontró ochenta encerradas como en un establo, ó por mejor decir, en un lazareto; quince de aquellas muchachas se hallaban en un estado espantoso de un mal capaz de infestar á todas las otras. El cardenal, movido de compasion, hizo luego trasladar al hospital general y curar á sus espensas las enfermas, que murieron casi todas. En seguida, con su presencia y en parte á sus costas, restableció en menos de un año el palacio donde habitaba el conde de Monterrey y lo hizo una de las mas cómodas y mas sanas comunidades de Madrid, haciendo elevar sobre la puerta las armas del rey y la reina en mármol. Esta casa se llama hoy dia el colegio real de la Proteccion. Aquellas muchachas, despues de haber ido en procesion á la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, tomaron posesion de su nueva casa, que hallaron abundantemente provista de todo lo que era necesario para número tan grande de personas, habiendo sido antes quemados los muebles de la antigua por orden del cardenal como infectados. En seguida obtuvo á favor del nuevo colegio una pension anual de mil doblones sobre una encomienda; primera fundacion estable de aquellas pobres jóvenes, que sin la caridad del marqués de Santiago y el continuo cuidado de don Lorenzo Matheu, individuo del consejo de Castilla, hubieran mas de una vez carecido de pan.

Ya comprendéis, marqués, cuántos enemigos ha debido hacerse el cardenal por estas dos reformas. En seguida, únicamente atento á tomar noticias sobre el comercio, las manufacturas, la marina, las Indias, la hacienda, y sirviéndose á este efecto de sugetos hábiles, tanto para la parte militar y la política, como para la económica, empezó por no ascender mas que á los hombres de mérito, llenando los empleos con sugetos dignos y no dándolos al favor, abuso que prevalecia mucho tiempo habia. El cardenal fué inflexible sobre este artículo, hasta á las insinuaciones de Sus Majestades Católicas.

Todo secretario en Madrid (y hay gran número de ellos) tenia su tribunal en su propia casa; allí tenia los actos públicos y las audiencias durante una hora, por la mañana: lo restante del tiempo se pasaba en diversiones solamente, con gran perjuicio de los pueblos, que á menudo despues de un mes de solicitudes no podian llegar á hablar una sola vez al secretario. Si moria ó cambiaba de casa, los autos y papeles tan importantes eran trasladados públicamente á otra parte, y muchas veces despues que las personas interesadas habian tomado los que les convenian, de modo que la monarquía se ha hallado muchas veces privada de títulos de la mayor importancia.

El cardenal, aplicándose sin dilacion á la economía, introdujo las manufacturas en España. A este efecto hizo elevar con un gasto y trabajos inmensos las aguas

del rio Henares, y estableció en Guadalajara una fábrica real de paños muy finos, despues de haber hecho venir en una sola vez de Holanda quinientas familias que desembarcaron en Bilbao con todos sus muebles, utensilios y herramientas necesarias para esta fábrica. Cuando el cardenal salió de España, no habia mas que tres de estas familias que fuesen protestantes, de muchas que lo eran. Sacó de los hospitales de Madrid gran número de muchachos que actualmente se han hecho hábiles en estas artes. Llamó de Inglaterra buenos tintoreros, poblando así con estos nuevos venidos la vasta soledad de la España, y reteniendo el dinero en el interior del reino, mientras que antes, segun todas las cuentas, la España por la venta de las lanas no sacaba de los extranjeros la cuarta parte de lo que le costaba el comprar en seguida los paños que necesitaba. Hoy las tropas del rey se visten de paños fabricados en España, cuando pocos años antes se compraban en otros países.

Por la mediacion del baron de Ripperda, embajador de Holanda en Madrid, hombre de calidad, muy amigo del cardenal (amistad que en todo esto parte de la conversion del baron á la religion católica) introdujo en Madrid fábricas de ropa de mesa y otras telas de Holanda, de donde habia sacado en esta ocasion obreros, habiendo hecho instruir cuatrocientos religiosos españoles en el modo de hilar con la misma perfeccion que en Holanda. Fué por su medio que se estableció cerca de Madrid una fábrica de cristales, de la que hizo expedir un amplio privilegio á don Juan de Goeniche, hombre muy hábil y encargado de otras muchas manufacturas nuevas.

Los religiosos del Escorial tenian un privilegio exclusivo de vender, no solo en el continente de España, sino tambien en las Indias, todos los libros sagrados, como misales, breviarios, que ellos compraban en Amberes: el cardenal, luego que estuvo informado de ello, hizo de modo que se estableciese en el Escorial un molino de papel con una imprenta de perfectos caracteres en todo género.

Se dirigió en seguida á la marina y al comercio, que son el sosten y alimento del poder. Despues de haber reunido en conferencias reiteradas negociantes de toda nacion, resolvió hacer al puerto de Cádiz el mas célebre de Europa, añadiéndole almacenes, arsenales, fábricas y todas las demás cosas que pudiesen necesitarse. Para hacer en seguida mas floreciente el comercio, descubrió todos los fraudes y subterfugios introducidos por los particulares en perjuicio del público. Hizo un nuevo sistema para el comercio, con un cambio en las tarifas igualmente estable y prudente. Puso en su perfeccion el gran proyecto sobre el tabaco de la Habana, que cuando será administrado conforme al nuevo plan, producirá con gran ventaja de los pueblos una riqueza increíble al rey. Para entender este hecho, que debe ser muy agradable á vuestros ney gociantes á todos los que están interesados con España, se ha de saber que los últimos reyes habian empeñado por cuatrocientos mil ducados todo el derecho sobre el tabaco de las islas Canarias, con esta cláusula expresa que el rey no conservaria allí la menor autoridad. Entonces las Canarias sirvieron como un lugar de depósito para todo el tabaco que venia de la Habana en contrabando, desde donde despues se repartia en todo el mundo. El cardenal Alberoni, viendo que esto era un terrible obstáculo para la ejecucion de su gran proyecto, repuso al rey en posesion del antiguo derecho con el primer reembolso de cuatrocientos mil escudos al marqués de Mejorada, á quien estaba empeñado.

Toda España está tambien informada de los gastos considerables que el cardenal hizo en los dos palacios de Aranjuez y Madrid; además de muchos aumentos, hizo construir un magnífico guarda-muebles. Antes de esto los muebles del rey, las tapicerías, hasta los diamantes de la corona, estaban en poder de una infinidad de particulares que tenian con este motivo salarios considerables; y era un monton de sanguijuelas que agotaban las mas claras rentas del rey.

Estableció en Cádiz, inmediatamente despues, un colegio de 400 jóvenes caballeros, para aprender en él particularmente la navegacion en toda la perfeccion del arte y poder en lo sucesivo mandar los buques del rey sin el auxilio de los extranjeros. ¿Qué buques, direis, si el arte de construirlos estaba ya como olvidado en España, si los pocos que habia eran tomados á flete de los extranjeros, y si para reparar hasta la madera, las jarcias, las velas, se sacaba todo de Holanda? Fué, sin embargo, el cardenal Alberoni, quien resuelto á hacerlo todo en lo interior del reino, además de la compra de muchos buques de guerra extranjeros y un gran número de otros tambien de guerra tomados á flete, además de los que tenía el desígnio de hacer construir en la Habana, á donde fueron enviados para este objeto muchos obreros, entre los que habia algunos de vuestros genoveses, renovó en España la construccion de los buques, habiendo hecho fabricar en el solo primer año, con gran asombro de la España misma, catorce navios de línea, tres en Cataluña y once en Vizcaya. Estos, en la última guerra con la Francia, á instancias de los ingleses y en presencia del coronel Stanhope, fueron allí quemados con una cantidad inmensa de madera ya medio preparada para la construccion de otros muchos buques; iluminacion bien agradable á los ingleses.

Mas ¿dónde el cardenal halló en España jarcias, velas, maderas y palos? Todo por su diligencia en España. Hizo renacer en Galicia la fábrica de las velas que mas de treinta años habia que estaba extinguida; introdujo en Cataluña y Andalucía la de las jarcias; fábrica que indujo á aquellos pueblos industriosos á sembrar canti-

dad de cáñamo, de que abunda actualmente aquel país. Los palos se sacan ahora de los montes vecinos, pero inaccesibles de los Pirineos, habiendo sido desembarazado y reparado el antiguo camino hecho en otro tiempo por el célebre Gooneche para la comodidad del transporte; y el cardenal, á su salida de España, dejó 800 palos de navío en el puerto de los Alfaques, cerca de Tortosa.

La América, como he dicho ya, casi se había vuelto una tierra nuevamente desconocida á la España, de modo que cada vez que el rey quería para algun asunto urgente enviar allá órdenes ó tener noticias, estaba obligado á fletar con grandes costas algunos buques mercantes. En fin, todo el nuevo mundo era la presa arbitraria del comercio de los extranjeros que allí traficaban impunemente en contrabando. El cardenal Alberoni estableció luego ocho buques de aviso con tal orden en su ida y su vuelta, que para decirlo así, hizo un correo arreglado entre la España y las Indias occidentales. En seguida, despues de haberse quejado muchas veces á la corte de Francia de las contravenciones de los negociantes franceses, envió á América cuatro gruesos buques de guerra para correr el mar del Sur ó impedir el contrabando; los buques hicieron represalias por cinco millones de piezas de á ocho. ¿Os acordais, marqués, cómo vuestro fiscal servia de bello pretexto para enriquecer á los antiguos gobernadores; cómo pintaban al rey de España aquella plaza desierta y peligrosa, como si hubiese sido un puerto de Tolon; cómo todo nuevo gobernador era celoso para la construcción de una nueva obra en aquella gran llave de la Italia, á que en fin gastaba mil escudos, mientras que ponía cien mil en la cuenta del rey? Tal era en América la mina de azogue, por otra parte tan necesaria para el uso de las minas de oro y plata. A favor de aquella mina, tantas gentes comian á espensas del rey, y comian tanto que algunas veces el azogue costaba mas que el oro. El cardenal Alberoni, queriendo desarraigat absolutamente un abuso tan pernicioso, perfeccionó la famosa y muy abundante mina de Almaden, situada al pié de la Sierra Morena; mandó que el azogue que provendria de ella fuese en adelante enviado á América para las minas de oro y plata y que allí se cerrase luego la que ocasionaba tan grande gasto, y en la que cada año perecian mas de diez mil indios de los que eran llevados á la fuerza para trabajar, lo que hacia que aquel nuevo mundo se despo- blase siempre mas, y que el ánimo de aquellos inocentes y desgraciados habitantes se agriase mas y mas contra la nacion española.

Mas lo que causó mayor sorpresa á la España fué el verse resucitada de repente en la parte militar. El cardenal, que siempre habia estado en campaña con el duque de Vendoma, introdujo un arreglo admirable en las tropas, tanto de infantería como de caballería, con tal ahorro para el rey en lo que concierne al sueldo, los viveres, el vestuario, las municiones, y con tan bello orden en la disciplina, que seria demasiado largo referir aquí el extenso detalle que tenemos de España sobre estos puntos.

El cardenal halló tambien la España tan desprovista de artillería que en la importante plaza de Pamplona habia catorce cañones, así de bronce como de hierro, todos de diferentes calibres, sin municion alguna. Si la puerta de España se hallaba en tan mal estado, juzgad, marqués, cómo estarian las otras plazas. El cardenal Alberoni, sin perder tiempo ni perdonar gastos, abrió de golpe cuatro fundiciones reales; y de la cantidad inmensa de metal que sacó de Holanda, hizo construir por tres años consecutivos tanta artillería, que el rey vió por sí mismo á Pamplona provista de ciento y treinta cañones, todos de bronce, y un gran número de morteros, con otros muchos pertrechos, y tal abundancia de viveres que ocho mil hombres, en caso de sitio, hubieran podido resistir seis meses. Todas las demás plazas de España estaban provistas á proporcion, independientemente de la numerosa artillería enviada á Cerdeña y á Sicilia.

Restableció en Vizcaya las fábricas de fusiles y cañones de hierro, destruidas mucho tiempo habia, y abrió otras dos, la una á cinco leguas de Madrid y la otra en Barcelona, en las que se trabaja actualmente una muy grande cantidad de fusiles de toda especie, para cuya compra se enviaban antes á Francia sumas considerables.

Por consiguiente, me direis, el cardenal se vió obligado á oprimir los pueblos con una infinidad de nuevos impuestos para sacar de ellos tantos tesoros. ¡Ah! mi caro marqués, vos no sabeis qué gran cuerpo es la España, cuando tiene una cabeza. Esto quiere decir el buen orden que el cardenal puso en la Hacienda y el comercio, y en fin su economía en el gasto. El cardenal, con tal administracion, no solo no hizo contraer nuevas deudas al rey, sino que aun desde el principio de su ministerio hizo descargar á los pueblos de algunos derechos exorbitantes, y para hacer agradables los auspicios de la nueva reina, hizo disminuir los impuestos en los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, y los derechos sobre el Brasil, cargas y otras cosas semejantes enajenadas á la corona. Con esta administracion, no solamente el cardenal se halló en estado de subvenir á los gastos inmensos de que acabamos de hablar, sino aun mas, en la última guerra con la Europa, no estableció el menor impuesto nuevo; al contrario, suspendió algunos en Madrid sobre los viveres. Con esta administracion el cardenal, en el tiempo de la guerra con las islas, pudo hacer expediciones contra la Inglaterra y enviar en un solo año (que fué 1719) á Sicilia y Lonsdon setecientos mil doblones en muchas letras de cambio sobre Génova, Liorna y Roma: pudo tambien al

mismo tiempo enterrar tesoros, perfeccionando la formidable ciudadela de Barcelona y la de Pamplona, que aun no tenia camino cubierto, y fortificando con nuevas obras las plazas de Hostalrich, Rosas, Gerona, Castel-Ciudad, Fuenterrabia, San Sebastian, con guarniciones reforzadas y bien pagadas.

Con esta administracion, en fin, hizo cesar los robos que se hacian al rey. Esta España, poco antes tan abatida que en el congreso de Utrecht se vió sacrificada sin poder abrir la boca, despojada de los Estados de Italia y de la Flandes sin ser oida, ni nombrada, y que segun las apariencias va ahora al congreso de Cambrai toda adornada, como una víctima coronada de flores va al sacrificio (si con todo el congreso de Cambrai no tiene la misma suerte que el Misisipi); esta España que despues que los alemanes hubieron evacuado la Cataluña, no pudo sola reducir en muchos meses de sitio la ciudad de Barcelona, defendida solamente por cuatro desdichados abandonados, de modo que para lograrlo se vió obligada á pedir tropas á la Francia, sin las que tampoco pudo recobrar Mallorca, aunque evacuada; esta España, sí, esta España en el corto espacio del ministerio del cardenal Alberoni, que solo fué de dos años (si hablamos del ministerio suspendido), tomó de golpe otra faz, y no contenta con las empresas de que acabamos de hablar, pudo sola hacer sitios importantes en Cerdeña y recobrar toda la isla, reunir pronto una armada de mas de cuatrocientas velas que llevaban cincuenta y cinco mil efectivos, todos gente escogida, que desembarcaron en Palermo con siete mil caballos, cien cañones de veinte y cuatro y otros treinta de menor calibre, morteros, provisiones de boca y guerra para muchos meses, veinte mil fusiles para distribuir á las gentes del país, un millon de piezas de á ocho en dinero efectivo, y en fin apoderarse á viva fuerza de la ciudadela de Mesina á la vista de la flota victoriosa de Inglaterra y del ejército imperial, que por la cercanía de la Calabria tenia la comodidad de abastecer á cada momento á los sitiados; sí, en fin, esta España, poco antes tan débil, tan agotada, llegó al punto de esplendor de ver en el Escorial, á los piés de su rey, á los embajadores de las dos primeras potencias de Europa pedirle humildemente la paz y al fiero inglés ofrecerle la importante plaza de Gibraltar.

¿Cuánto tiempo hacia, marqués, que la España no veía semejantes milagros? Sin embargo, son ellos los efectos del cardenal Alberoni; y la España los hubiera visto aun mayores, si el cardenal hubiese permanecido un poco mas allí. Tenia la intencion de suprimir enteramente el impuesto llamado de los millones, carga, decia él, insoportable á los pueblos.

Llamó entonces de Italia al padre de Castro, jesuita español, perfectamente instruido del establecimiento del colegio de nobles de Parma, con el designio de formar con el tiempo cuatro semejantes para la jóven nobleza en España, donde no habia ninguno. Estaba ya á punto de introducir en España fábricas de ropas de oro y plata, de franelas, de sargas, de medias, etc.; y habia para este objeto ajustado los mejores obreros en este género, así en Inglaterra, como en Lyon, en el tiempo precisamente que salió de España. Ocho dias antes de su partida, habia hecho venir de Holanda un famoso ingeniero con la mira de hacer (y esto se hubiera seguramente ejecutado) el Manzanares navegable para el transporte de las provisiones, principalmente del carbon y la leña que no son menos caros que raros, por la necesidad

de trasportarlos á Madrid con mulos, de quince á veinte leguas lejos. Habia tambien proyectado erigir dos compañías, una oriental y otra occidental, para el comercio de la sola nacion española; empresa poco agradable á las potencias marítimas que poco antes no habian visto con gusto la del Ferrol. Este es un puerto de Galicia situado en un país abundante en obreros, que si estuviese perfeccionado, estaria al abrigo de todo insulto, tanto del mar como de los enemigos, ventajas que no tienen los puertos de Pasages y Santoña, donde en efecto los franceses quemaron sin ningun riesgo, como ya hemos dicho; once grandes buques nuevos y toda la madera que se habia llevado allá para la construcción de otros muchos. El Ferrol además está al alcance de Inglaterra, y los dos buques salidos de esta costa fueron los únicos que aportaron felizmente á Escocia. El cardenal, queriendo poner á este puerto en buen estado, cualquiera que fuese el costo, llamó á Madrid al marqués de Risburgo, virey de Galicia, y despues de muchas conferencias sobre este objeto, le despachó con hábiles ingenieros para empezar la obra. Habia ya cuarenta mil escudos aprontados con este destino.

Con esto comprendéis, marqués, la razon por la que el cardenal se hacia enemigos fuera de España, sorprendidos del nuevo pié sobre el que por la habilidad del cardenal caminaba la España. Es cierto que milord Stanhope, cuando estaba en Madrid, viendo con sus propios ojos los progresos de la España en lo político, militar y económico, dijo lleno de admiracion: «Si la España continúa andando con este paso, se hará formidable á todas las demás potencias.»

Ya os figurais cuántos cuidados, fatigas y sudores debia costar al cardenal una empresa de esta suerte; no se le vió tomar el menor reposo, ni perder un momento; siempre atento, aplicado, infatigable, estaba sin interrupcion ocupado de todo y de tan vastos negocios, que un militar decia ordinariamente: «Yo mas quisiera vivir esclavo en Argel, que ser el cardenal Alberoni en la corte de Madrid.» En cuanto á mí, no puedo comprender que un solo hombre haya podido llevar una carga tan pesada.

Mas en fin, he sabido que, además de la fuerza de su temperamento, observó siempre una rara sobriedad, un régimen excelente en su modo de vivir, contentándose por la mañana con un simple plato, ó á lo mas dos, sin vino, y sin comer por la tarde. Pero me direis, ¿porqué un hombre de tan grande mérito, que hizo tantos servicios á la España, en lugar de ser recompensado por ellos, es perseguido? ¿Qué política la de irritar á un hombre que no puede dejar de ser estimado? ¿Y qué honor hace la España á su rey, desacreditando al cardenal que ha tenido toda su confianza? ¿Cuál puede ser nunca la causa de tan extraña política, desconocida absolutamente á la razon de estado? El cardenal lo ignora. Preguntado un dia por uno de sus amigos cuál podia ser la verdadera causa de su desgracia, pues las otras acusaciones públicas se han hallado manifiestamente falsas, respondió: «Yo me tendria por dichoso si estuviese instruido de ella, pues me bastaria solamente saberla para destruirla.»

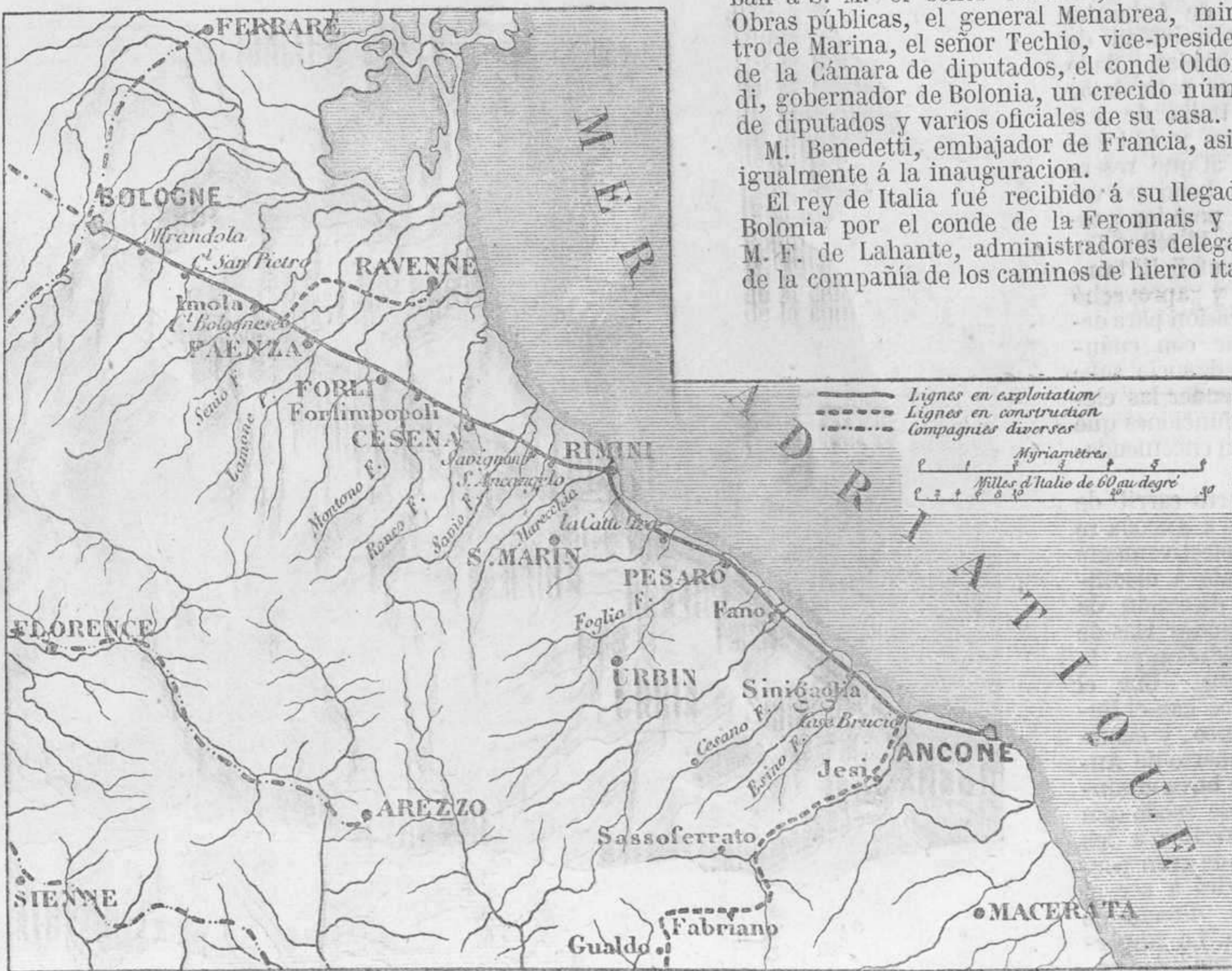
Inauguracion

DEL FERRO-CARRIL DE BOLONIA Á ANCONA.

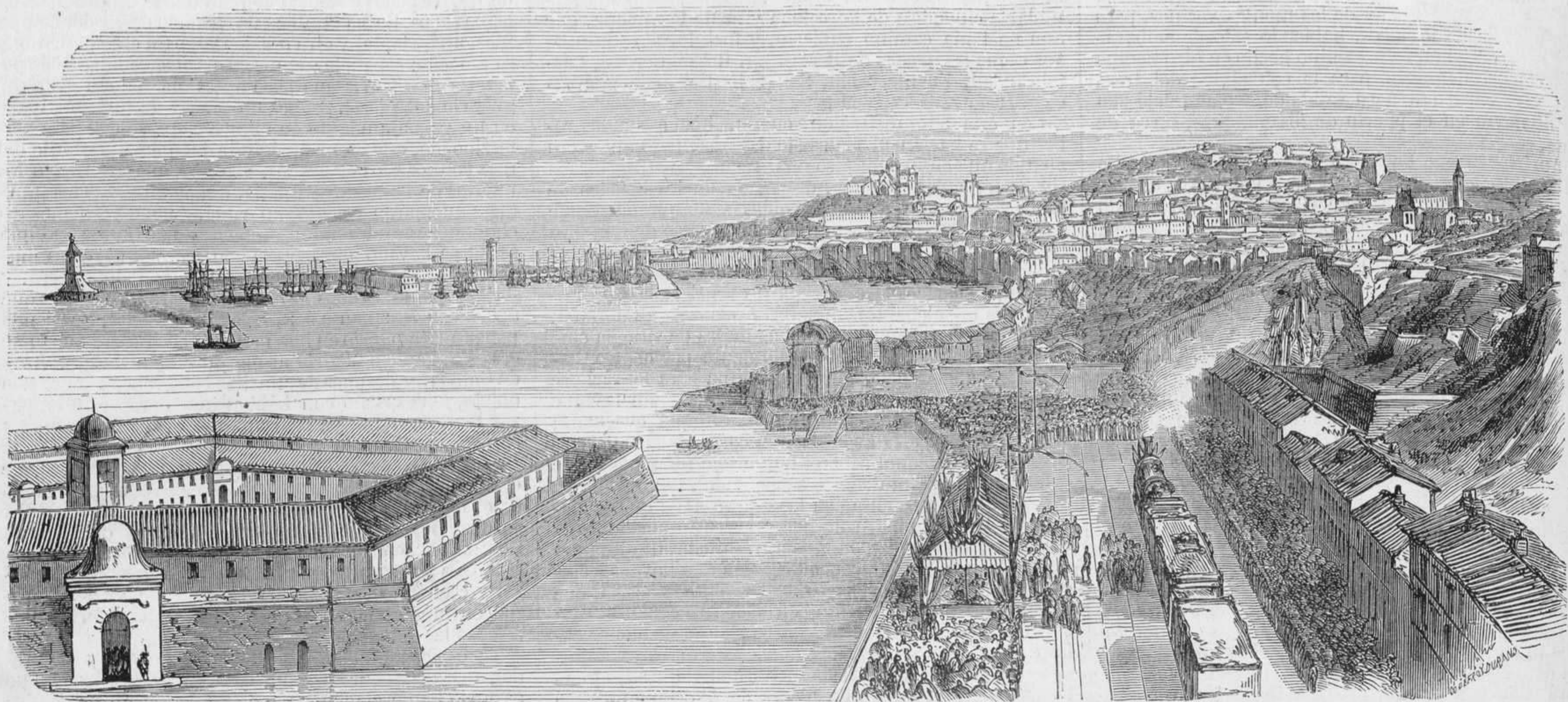
El rey Victor Manuel ha hecho un viaje á Bolonia para asistir á la inauguracion del ferro-carril que va de esta ciudad á Ancona. Acompañaban á S. M. el señor Peruzzi, ministro de Obras públicas, el general Menabrea, ministro de Marina, el señor Techio, vice-presidente de la Cámara de diputados, el conde Oldofredi, gobernador de Bolonia, un crecido número de diputados y varios oficiales de su casa.

M. Benedetti, embajador de Francia, asistia igualmente á la inauguracion.

El rey de Italia fué recibido á su llegada á Bolonia por el conde de la Feronnais y por M. F. de Lahante, administradores delegados de la compañía de los caminos de hierro italia-



PLANO DE LA LINEA DE BOLONIA A ANCONA.



INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DE BOLONIA Á ANCONA.

nos. El tren regio atravesó en siete horas la distancia de Bolonia á Ancona pasando por Mirandola, Quaderna, Castel San Pietro, Imola, Castel Bolognese, Faenza, Forli, Cesena, Savignano, Rimini, Pezaro *la cattolica*, Pezaro, Fano y Sinigaglia.

Por todas partes á su paso el rey de Italia fué saludado por las aclamaciones entusiastas de las poblaciones que habian salido á su encuentro. La ciudad de Ancona estaba adornada con banderas y magníficamente iluminada para festejar la llegada del soberano popular de la Italia.

El rey Victor Manuel felicitó ardentemente al conde de la Feronnais y á M. F. de Lahante, por la actividad de que habian dado pruebas para dotar á la Italia de ese hermoso y útil camino, al que reserva tan bello porvenir su posicion geográfica. El señor Peruzzi les felicitó tambien, y aprovechó esta ocasion para demostrar con cuánta inteligencia sabe comprender las elevadas funciones que le están encomendadas.

El ferro-carril de Bolonia á Ancona se halla efectivamente destinado á modificar la direccion de las grandes vias de comunicacion en la península. Une el Adriático con el Mediterráneo, y cuando el puerto de Ancona se haya ensanchado de modo que pueda recibir á los buques de gran porte, vendrá á ser el camino directo de la India. La importancia que tiene pa-



Parquet

TEATRO IMPERIAL ITALIANO : ANA BOLENA, acto 1º, escena 3ª, (Véase la Revista de Paris).

ra la Italia la apertura de esta nueva via explica porqué el rey Victor Manuel quiso asistir en persona á su inauguracion. — El dibujo que publicamos representa la vista de Ancona y de la tienda de honor bajo la cual fué recibido en esa ciudad el rey de Italia.

C. B.

La posesion

IMPERIAL DE VILLENEUVE-L'ETANG.

La posesion de Villeneuve - l'Etang se halla situada en la jurisdiccion de Marnes, entre la aldea de este nombre, á cuya plaza da una de sus entradas principales, la posesion de la Marche, de la que está separada por el camino de Saint-Cloud á Vaucresson, y la posesion de Saint-Cloud.

Compónese del palacio y de sus dependencias inmediatas, capilla, invernáculo, caballerizas, habitaciones de criados, etc.; de jardines y huertas, de un cuerpo de granja, y finalmente de un parque que comprende bosques, prados, tierras de labranza, estanque y rios, todo ello cercado de tapias y de una superficie de 74 hectáreas; sus fuentes están alimentadas por las de la Marche, y alimentan á su vez las de Saint-Cloud.

Antiguamente la posesion de Villeneuve formaba parte del dominio de la Marche; pero fué separada en 1701 por M. de Chamillart,

ministro de Estado, que vendió la Marche á M. de Maillebois y conservó Villeneuve; sin embargo Villeneuve no tenía entonces la importancia de hoy, pues solo contenía unas 57 hectáreas, hasta que en 1802 el mariscal Soult, mediante diversas adquisiciones, la dió sus proporciones actuales.

El palacio en vez del nombre de Villeneuve tenía entonces el de Plaisance, aunque uno de sus anteriores propietarios se llamaba Hermant de Villeneuve.

Entre M. de Chamillart y el mariscal Soult se encuentran diferentes propietarios cuyos nombres importa poco señalar; uno de ellos compró la posesion en el año IV por la suma de 10.705,000 francos pagaderos en asignados.

El mariscal Soult vendió Villeneuve á la duquesa de Angulema el 29 de diciembre de 1821, y esta la revendió el 27 de julio de 1831 al vizconde de Caze, antiguo recaudador general del Paso de Calais, cuyos herederos la cedieron el 23 de junio de 1852 al príncipe presidente mediante el precio principal de 1.065,000 francos.

Villeneuve reunida al parque de Saint-Cloud es hoy uno de los sitios imperiales. El emperador tiene un gusto particular por esta residencia.

Revista de Paris.

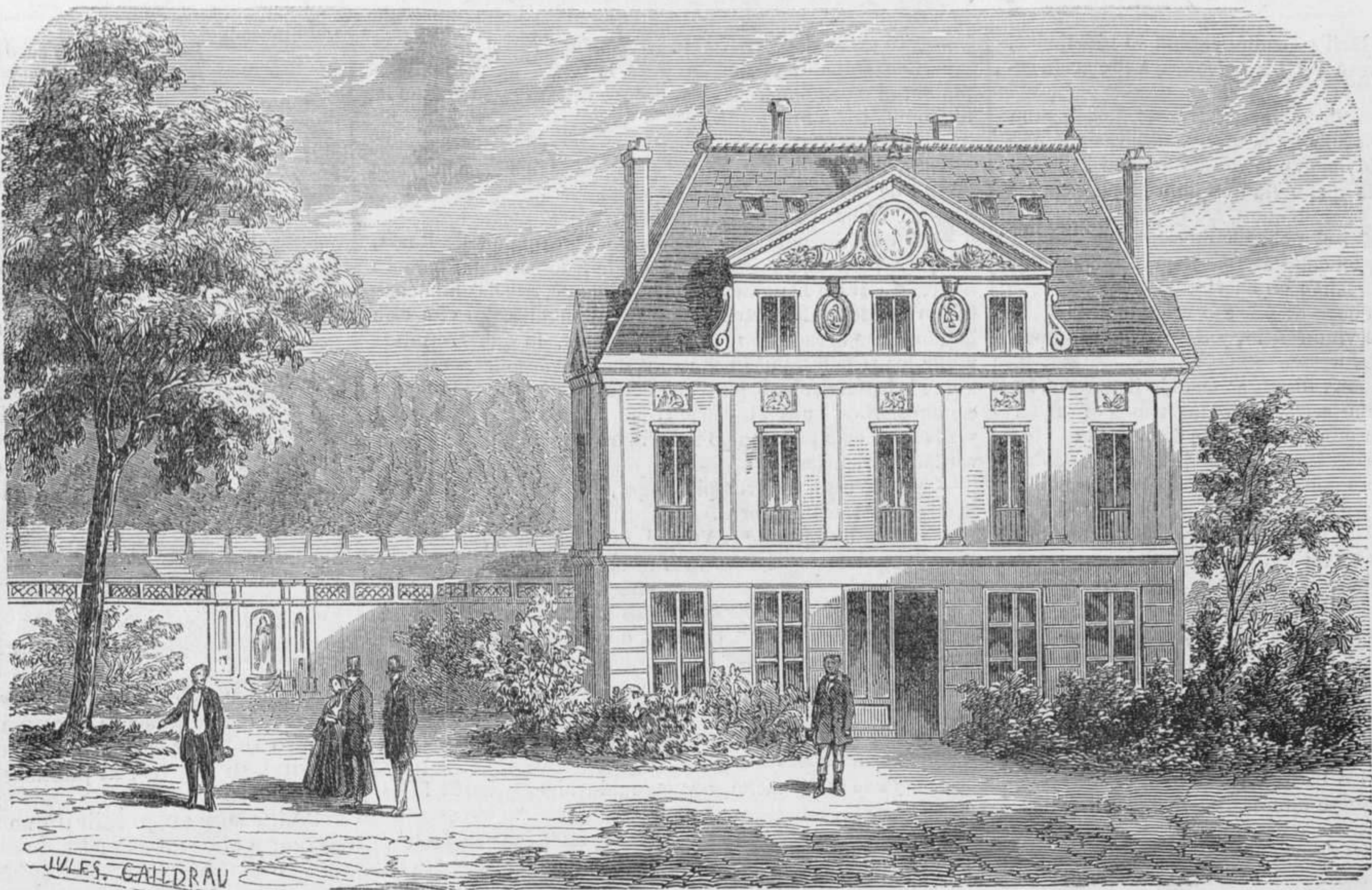
Algunos salones se han abierto ya, y en ellos se han querido inaugurar las grandes reuniones de la estacion en que entramos; pero la tentativa ha tenido poco éxito, es decir, la concurrencia ha sido escasa. Está visto ya que hasta pasado Año nuevo no es posible organizar esas fiestas. Por ahora hay que atenerse pues á los amigos íntimos, á pesar de que la mayor parte de los parisienses viajeros se hallan ya en Paris de regreso de sus excursiones veraniegas. Uno de estos excursionistas aparecia el domingo por la primera vez este invierno en uno de esos círculos de amigos, donde esperaba encontrar á su esposa.

— No la hemos visto, le respondió el amo de la casa; pero ¿Vd. sabe que está en Paris? Nosotros lo ignoramos.

— Yo me lo figuraba, repuso el marido; y el caso es que venia aquí á preguntar por ella.

Y como nadie pudiese darle una respuesta satisfactoria, nuestro hombre se desespera, no porque esté celoso, sino porque extraña que á fines de diciembre su cara mitad no haya vuelto todavía á preparar la apertura de sus salones.

Estos esposos forman un matrimonio modelo; viven en la mejor inteligencia; pero como no tienen los mismos gustos ni las mismas amistades,



VILLENEUVE-L'ETANG. — EL PALACIO.



EL CANAL Y EL LAGO.



LA LECHERIA.

mientras ella recorre todas las sociedades de Paris y recibe en su casa todas las semanas, él prefiere su casino, donde pasa la mayor parte de sus horas.

Esta gran libertad recíproca hace que reine entre los dos el acuerdo mas perfecto; se profesan mutuamente un afecto acendrado, tanto mas sólido cuanto que está al abrigo de toda prueba. La diversidad en los gustos no es una desgracia entre los casados sino cuando el uno de ellos quiere imponer al otro el sacrificio de sus inclinaciones; pero aquí nada de eso sucede, cada cual se atiene á sus propias necesidades y exigencias.

Cuando llega el verano, se dirigen á tomar aguas por distintos caminos, y luego cada uno de ellos obra segun su gusto. El esposo viaja por el extranjero, viene de tiempo en tiempo

á Paris, sale á partidas de caza con sus amigos; la señora hace visitas á las personas de su sociedad que viven en el campo, y pasa la temporada repartiendo las semanas entre las casas amigas. Se escriben rara vez ó nunca, reservando la relacion de sus aventuras para sus conversaciones del invierno. ¿Dónde puede darse una existencia mas dichosa?

Este año el marido no ha sabido nada de su mujer, y como nos acercamos á la época de los aguinaldos, época feliz para los que tienen que recibirlos, extraña sobremana que su esposa no haya llegado á la capital, pues siempre por este tiempo ha tenido el placer de encontrarla muy obsequiosa y muy atenta. Será preciso que pase una circular á todas las relaciones de su señora, ó que anuncie su deseo de verla en los periódicos, y quizá conseguirá así descubrir su paradero.

La publicidad aplicada á los asuntos particulares, como se acostumbra en Inglaterra, es un medio que suele producir resultados satisfactorios, y vemos que en Paris ya se principian á conocer sus ventajas. El juéves último hemos leído en varios diarios un anuncio de una

persona que busca á otra, anuncio misterioso que envuelve toda una historia digna de contarse.

Hace como dos años y en un dia de frio rigoroso un infeliz anciano, pálido y extenuado de necesidad, se habia sentado en una esquina de la calle Saint-Bernard. Serian las seis de la tarde; los transeuntes eran escasos y no se detenian creyendo que aquel hombre estaba beodo, suposicion que podian justificar sus miserables vestidos; sin embargo, examinándole de cerca se notaba que tenia un semblante noble y distinguido.

Estaba á punto de caer de desfallecimiento, cuando acertó á pasar un jóven artesano, que le detuvo en sus brazos y le preguntó:

— ¿Qué es lo que tiene Vd., buen hombre?

— ¡Ay! amigo mio, tengo hambre, respondió el infeliz con voz débil.

los; mis ojos volvieron á leer las mismas imperiosas pa-labras. Lleno de horror arrojé sobre la mesa la pluma que entre mis manos tenia, y puesto de pié me quedé mirando de hito en hito el misterioso renglon. Poco á poco me fuí acostumbrando á su vista; mi excitacion se fué aplacando, y acabé por tomar otra vez la pluma, y aunque temblando, volví á apoyarla sobre el papel. « Ponte el sombrero y sígueme, » escribí.

Hice lo que me mandaba, y tirando de mi mano, la mano del brazo, el brazo de mi cuerpo, llegué hasta la puerta, la abrí, bajé la escalera y me encontré en la puerta de mi casa.

Al verme en la calle, al saludar á mi portera, al ver cruzar los transeuntes, al verme en fin en la esfera de lo vulgar, mi alma volvió á su estado, es decir, á su continuada burla, y exclamé para mis adentros:

— ¿A dónde me llevará mi servicial espíritu? Este, es decir, mi pluma, como si respondiera á mi pensamiento, me dió un tirón de la mano, y renovando su indicacion cada vez que me paraba, me condujo como pudiera hacerlo el mas hábil cicerone, hasta la calle de Atocha, cesando en sus insinuaciones cuando llegamos al número 30.

Traté de seguir adelante y me contuvo; procuré vol-verme atrás, é hizo lo mismo. Miré entonces la elegante portería y acordéme que en aquella casa vivia la familia de Peralta, conocidísima en Madrid por su dinero, porque de ella ha nacido un lindísimo pimpollo de diez y siete años en el de la fecha, y por su proverbial elegancia.

Quedéme indeciso dudando de si debía ó no entrar, cuando mi pluma, alzando mi mano hasta la altura de mis ojos, escribió en el aire sin que yo pueda explicar cómo, la siguiente persona del presente de imperativo: « ENTRA. »

Obedecí, subí, llamé, me hice anunciar y entré en la sala, donde me recibió la familia, compuesta de los padres de la niña, la niña y una sobrina de los primeros, que no por estar junto á la prima, no desmentia su raza.

— ¡Hola! don Frasquito, ¿usted por aquí? — ¡Quia! no: es mi otro yo. Mi Martin Guerra. — Vamos... siempre tan alegre, de buen humor. — Y Vd., Amalita, dije á la primogénita, ¿continúa usted haciendo tántalos de su amor á todos los pollos de Madrid? — Déjeme Vd., don Frasquito. ¡Si supiera Vd. qué triste estoy!

— ¿Porqué? le pregunté. — ¡Cómo! ¿No sabe Vd.?... dijo la mamá. — Nada, contesté. — ¿Se acuerda Vd. de Carolina, la amiga de Amalia, aquella niña tan linda, tan graciosa?... dijo el papá. — Sí, sí, ya me acuerdo. Aquella de quien Vd. me decia que aunque era algo bonita, era muy sosa y envidiosilla... — ¿Quién? ¿yo? don Frasquito, Vd. estará trastornado...

— Pues bien, interrumpió la sobrinita, la pobrecita ha muerto ayer, tísica, cuando iba á casarse con Fernando. Entonces comprendí porqué en aquella casa se decia que la pobre jóven era tan linda y tan graciosa. — Mire Vd., continuó la madre, mi Amalia ha estado llorando todo el dia, y cuando Vd. entró, nos íbamos á poner de negro para ir á ver á su desconsolada familia. Al oír aquellas palabras, una sensacion parecida á un remordimiento atravesó mi pecho, y poniéndome de pié:

— Pues no quiero estorbar á Vds., dije, y me retiro. — No, no, respondió la mamá, Vd. es de confianza. Nos iremos á vestir, y mientras hojeará Vd. el *Album* de Amalita. Saldremos juntos y Vd. nos acompañará hasta la puerta de la casa. Quedéme solo en la sala; es decir, solo con mi espíritu que no daba señales de vida. Maldije de mi mal modo de pensar, y exclamé:

— Frasquito, mira cómo todavia existe la amistad. Hé aquí una familia que deja el brillo, las diversiones, el lujo, la alegría, para ponerse su vestido negro, para contemplar el aspecto frio de la muerte, para enjugar las lágrimas del que llora. De pronto mi pluma se estremera como enojada, y al mismo tiempo oigo la campanilla, y entra á poco en la sala un jóven elegantemente vestido, y hermano de la sobrinita que dentro estaba vistiéndose.

— ¿Qué tal? don Frasquito... ¿cómo es que le encuentran á Vd. solo? ¿Y las niñas? — Dentro están vistiéndose para salir, contesté yo. — ¿Cómo es eso? Pues si esta tarde me dijeron que no tenian plan... — No habian sabido la muerte de... — ¿De Carolina? Desde esta mañana lo saben. Y dirigiéndose en seguida á la puerta de la alcoba: — ¡Luisa, Amalia! gritó. A poco acudieron las interpeladas. Luisa con unos zarcillos en la mano, Amalia con una moña negra. — ¿Qué quieres, Enrique? — ¿Qué me encargaste, Amalia? respondió aquel echándole una tierna mirada. — No sé, no me acuerdo... — Hazte ahora la tonta. — No, de veras, no sé. — Pues... mira, exclamó Enrique sacando del bolsillo una cosa y presentándosela ante sus ojos con gachonería. — ¡Ay! ¡El palco! — ¡El palco! repitió la otra. Y se entraron en las habitaciones interiores, tirando

sus atavíos funerarios por alto y gritando: Mamá, mamá, Enrique ha traído el palco.

A poco salieron los padres, y dirigiéndose á mí me dijeron:

— Dispense Vd., don Frasquito; no teniamos plan, y cuando ya estábamos, como Vd. ve, resueltos á emplear la noche, ese diablo de chico se empeña en obsequiarnos... las niñas en ir al teatro, y es preciso darles gusto. Si Vd. quiere acompañarnos...

Mi pluma tiró de mi hácia la puerta, y contestando: — Gracias, tengo muchísimo que hacer; despedíme y me volví á encontrar en la calle.

Guiado por mi espíritu, dirigíme al café Suizo por la calle del Príncipe.

En ella ví á la liviandad tropezar con la virtud, que se humilló como esclava ante aquella mirada de reina, y cediéndole la acera, continuó avergonzada su camino.

Yo seguí el mio hasta hallarme á la puerta del café. Tendí mi vista sobre aquel mar de bullidoras cabezas, y dije para mi levita, pues no llevaba colete:

— ¡Ea! Frasquito, ya tienes lo que buscabas. Buscabas costumbres en la familia, y solo la ves moverse á impulsos de la casualidad. Pero esto es otra cosa. Esta es la sociedad; analiza y escribe lo que veas; que como encuentres hábitos, tambien encontrarás costumbres.

Pero ¡ay, lectores! despues de buscar y rebuscar, solo tropecé con el sagrado hábito de un cura.

Si la familia de Peralta no tenia plan, la sociedad de aquel café tampoco lo tenia, y la generalidad de sus individuos obraban á impulsos del espontáneo deseo.

Yo ví jóvenes de talento evaporarlo en ingeniosas conversaciones de café, y mi pluma escribió:

« El genio es como el vaso de perfume. Consérvale cerrado, y encontrarás siempre en él tu tesoro de aromas. Déjale esparcir vanamente su fragancia, y el dia en que necesites perfume, solo hallarás la materia que lo exhalaba. Adios. »

— Mira, espíritu, le dije: ni el lector ni yo necesitamos de tus comparaciones. Lo que queremos son costumbres.

— Pues hijo, búscalas tú solo; que ya te he servido bastante. El regente de tu imprenta me está llamando. Adios.

Y quedéme con la pluma en la mano, frente al portal de mi casa, adonde insensiblemente se me habia conducido.

Al entrar en mi cuarto encontré á don Braulio que leia la *Historia del general Cabrera*.

— ¡Hola, don Frasquito! ¿qué tal? ¿entregó Vd. ya su artículo?

— ¡Quia! si no le he hecho. — ¿Porqué? — Porque no tengo asunto. — ¿Quiere Vd. uno? — De costumbres? — Sí. — ¿Españolas? — Españolas. — ¿Cuál? — Los pronunciamientos.

Lector, no hagas caso de la monomanía política de mi compañero de casa, y dí conmigo que lo menos que se acostumbra á tener hoy son costumbres.

Perdóname la ridícula seriedad de este artículo, pues te prometo que otro dia evocará otro espíritu menos soso y mas alegre tu amigo y servidor don Frasquito, y por él

RAMON R. CORREA.

Atenas.

M. E. Breton, erudito escritor francés muy conocido ya por su interesante descripción de Pompeya y por otras obras no menos notables sobre antigüedades de todos los pueblos del mundo, se ha propuesto hacer por las ruinas de Atenas lo que anteriormente habia hecho por la curiosa ciudad antigua desenterrada en las cercanías de Nápoles, es decir, popularizar el conocimiento de sus ruinas dando de ellas una descripción completa y precisa.

No contento con estudiar sobre los mismos lugares los monumentos de la ciudad griega, ha tenido á la vista las obras de los escritores de la antigüedad que podían suministrarle luces sobre su asunto, y se ha aprovechado de las investigaciones hechas por los viajeros franceses, ingleses, alemanes, daneses, etc., y aun por los arqueólogos de la misma Grecia. Su trabajo, resumen inteligente de largos estudios, al que ha añadido sus propias observaciones, puede suplir muchas obras escritas en diferentes lenguas, y representa el último estado de la ciencia y de las interpretaciones arqueológicas acerca de la ciudad de Atenas.

Atenas, la capital moderna del reino de Grecia, es una poblacion de veinte mil almas que se extiende mas cada dia hácia el Norte del Acrópolis, en tanto que la antigua ciudad se extendia al Sur y al Oeste. La calle de Hermes que la atraviesa y conduce á la plaza del Rey, es la continuacion del camino del Pireo. Desembarcando en el puerto de este nombre se encuentran carruajes que por tres dracmas llevan á Atenas, al *Hotel de Inglaterra* ó al de la *Villa de Paris*, situados en la calle de Eolo.

Aturdido entre esta confusion de nombres antiguos y de denominaciones modernas, el viajero recién venido desea llegar al Acrópolis para admirar los magníficos vestigios del arte helénico y particularmente los restos del Partenon, el templo, si no el mas rico y mas gran-

dioso, al menos el mas bello que la mano del hombre haya elevado jamás á la divinidad. Esta divinidad era aquí Minerva, y el nombre del templo era como un homenaje á la virginidad de la diosa (del griego *parthenos*, virgen). Antiguas leyendas dicen que Minerva y Neptuno se disputaron el patronato de la ciudad; segun unos, Júpiter nombró por árbitros á los doce dioses que adjudicaron el Atica á Minerva, pero otros cuentan que fué resultado del *sufragio universal* mas lato entonces, hace 2,400 años, en tiempo de Cecrops, que en el dia, pues tenian voto las mujeres. Sucedió pues, que cuando Cecrops hizo el recuento de los sufragios, halló que los hombres habian votado por Neptuno y las mujeres por Minerva, y como estas tenian un voto mas, triunfó la diosa.

A la entrada del Acrópolis se alzan las imponentes ruinas de las Propileas que Pericles hizo construir de mármol pentélico, y que ya en la antigüedad se consideraban, con el Partenon, como el tipo mas perfecto de la arquitectura.

Las Propileas no eran otra cosa que una decoracion espléndida, un simple pórtico de introduccion que conducia por una serie de gradas á la plataforma, y sin embargo los gastos de construccion se elevaron á una suma equivalente á dos millones de pesos fuertes, cantidad prodigiosa para aquella época y que asombra tanto mas, cuanto que una parte del trabajo debió ser hecho por los esclavos. Las Propileas se conservaron casi intactas hasta el siglo XIV; pero despues se vieron expuestas á muchas causas de destruccion. En 1656 un rayo prendió fuego al polvorin que habian formado allí los turcos; en esta desgracia fueron derribadas varias columnas, otras quedaron estropeadas, y la mayor parte de las arcastraves de mármol de veinte piés de largo que las unian, fueron levantadas y arrojadas al suelo, donde se hicieron pedazos.

La antigua entrada del Acrópolis colocada delante y en el eje de las Propileas habia desaparecido. Los turcos la habian cegado al cerrar esa parte accesible del Acrópolis por un enorme bastion, á beneficio del cual formaron una plataforma cubierta de cañones. En 1852, M. Beulé, alumno de la escuela de Francia en Atenas, examinando atentamente los lugares y estudiando los restos, se puso á investigar por ese lado la entrada primitiva, y habiendo obtenido del ministerio francés una subvencion para practicar excavaciones, la descubrió en efecto y la sacó á luz: este interesante descubrimiento valió á su autor una justa fama.

Entre la entrada del Acrópolis descubierta por M. Beulé y las Propileas, se alzaba á la derecha un templo de la *Victoria Aptaera* (sin alas) es decir, de Minerva, considerada como la diosa de la Victoria. Spon y Wheeler le vieron intacto en 1676; Stuart y Chandler no hallaron ya ni sus señales en 1751 y 1765, pues los turcos le habian demolido cuando el sitio de los venecianos en 1686. En 1835, dos arquitectos bávaros han vuelto á encontrar bajo las construcciones turcas todos los fragmentos de ese templo en mármol pentélico, y le han vuelto á levantar enteramente sobre su antiguo basamiento. Muchos bajo-relieves del friso han sido trasladados á Inglaterra por lord Elgin.

Pero apresuremonos á dirigirnos, guiados por M. E. Breton, hácia la mas gloriosa de las ruinas del Acrópolis.

EL PARTENON. — Pericles fué quien ordenó esta construccion; Ictinus y Calicrato fueron sus arquitectos; Alcameno y otros muchos escultores inteligentes de la época ejecutaron las estatuas y los bajo-relieves de los frontones y del friso; y los fragmentos que nos quedan de esas obras mutiladas pueden contarse entre los mas admirables monumentos que la escultura haya producido nunca. La construccion del Partenon costó doce millones de francos. El templo tenia de largo 69 metros con 31 de ancho. Hay ocho columnas en las fachadas; anteriormente los templos griegos no tenian mas de seis. Estas columnas estriadas, de órden dórico, tienen 10 metros 30 centímetros de altura, y están formadas de tambores de mármoles sobrepuestos, cuyas juntas se hallan reunidas de tal modo, que se necesita la mayor atencion para descubrirlas. La misma perfeccion se encuentra en todos los detalles de la construccion. El mármol del Partenon que bajo la accion del tiempo ha tomado un hermoso matiz dorado uniforme, presentaba en un principio una variedad de colores aplicados que se destacaban unos sobre otros haciendo resaltar las diferentes partes de la arquitectura. El empleo general en la antigüedad de esta policromia en el exterior de los monumentos constituye un modo de decoracion enteramente contrario á nuestro sentimiento moderno de la armonia. Por nuestra parte, confesamos que no podriamos admitir la superioridad de un sistema que oponia las contradicciones y el antagonismo de los colores al juego natural de la luz y de la sombra, bajo la claridad velada del dia ó bajo el brillo del sol. Las admirables figuras esculpidas en los frontones estaban tambien llenas de colorines, enriquecidas con dorados y acompañadas de adornos en bronce. « Los ojos de la Minerva debian estar formados de alguna materia preciosa que al desaparecer ha dejado las órbitas vacías. »

Este sistema tan extraño para nuestro gusto moderno se habia llevado al exceso en la estatua colosal (11 metros 70 c.) de Minerva que ocupaba el santuario. Esta estatua, una de las obras maestras de Fidias, era de oro y marfil. En un principio quiso hacerla de mármol, pero consultado el pueblo decidió que que-ria las materias mas preciosas. Unicamente las carnes eran de marfil ligeramente coloreado. Las pupilas de los ojos eran de piedras duras. En la Exposicion



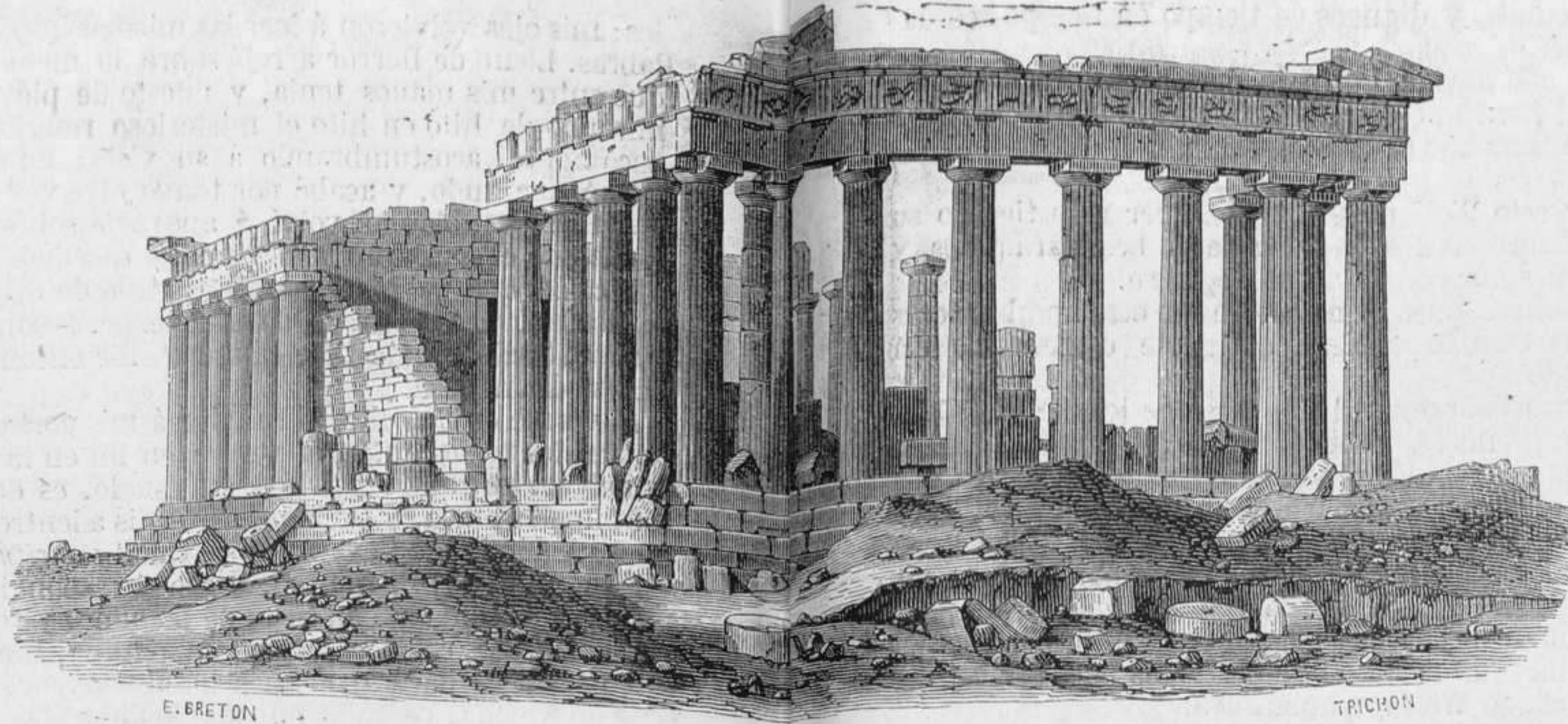
MONUMENTO DE LISICRATO.

tiempo de Justiniano y trasladada á Constantinopla. ¿Habian reemplazado el manto de oro de que se apoderó, ciento treinta años despues de su colocacion en el templo, el ateniense Lachares, que se hizo dueño del poder mediante una sedicion?— Entre el Partenon y las Propileas habia otra estatua colosal en bronce, de Minerva, ejecutada por Fidias; se calcula que debia tener 75 piés, incluso el pedestal. El dibujo que reproducimos de una Medalla de Minerva Promachos, da una idea de la altura de esta estatua comparada con la del Partenon.

Habiendo perecido las estatuas colosales de los dioses ejecutadas por Fidias, y entre otras su famoso Júpiter Olímpico, seria muy interesante saber si entre los fragmentos de escultura del Partenon que han sido conservados, se cuentan algunos que son obra de Fidias. Desgraciadamente faltan las indicaciones sobre este punto.



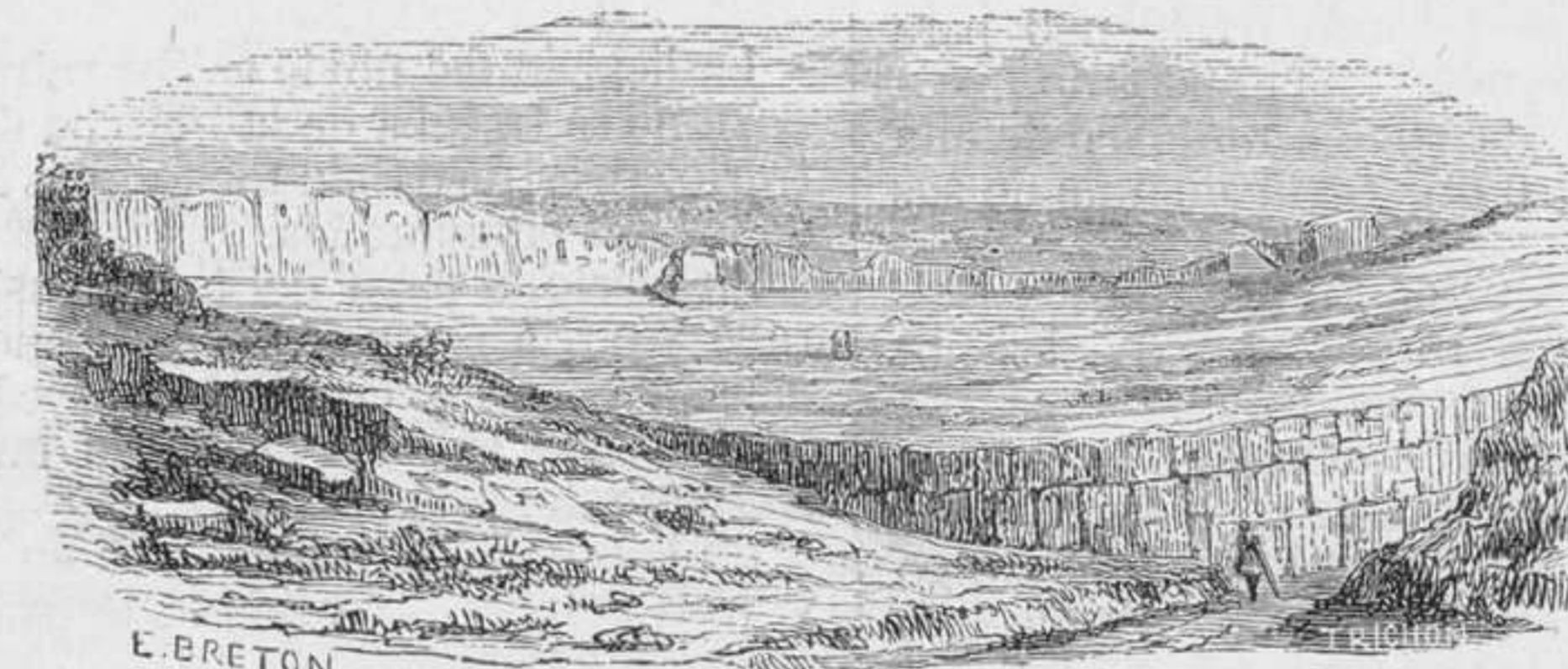
CÁRCEL DE SOCRATES.



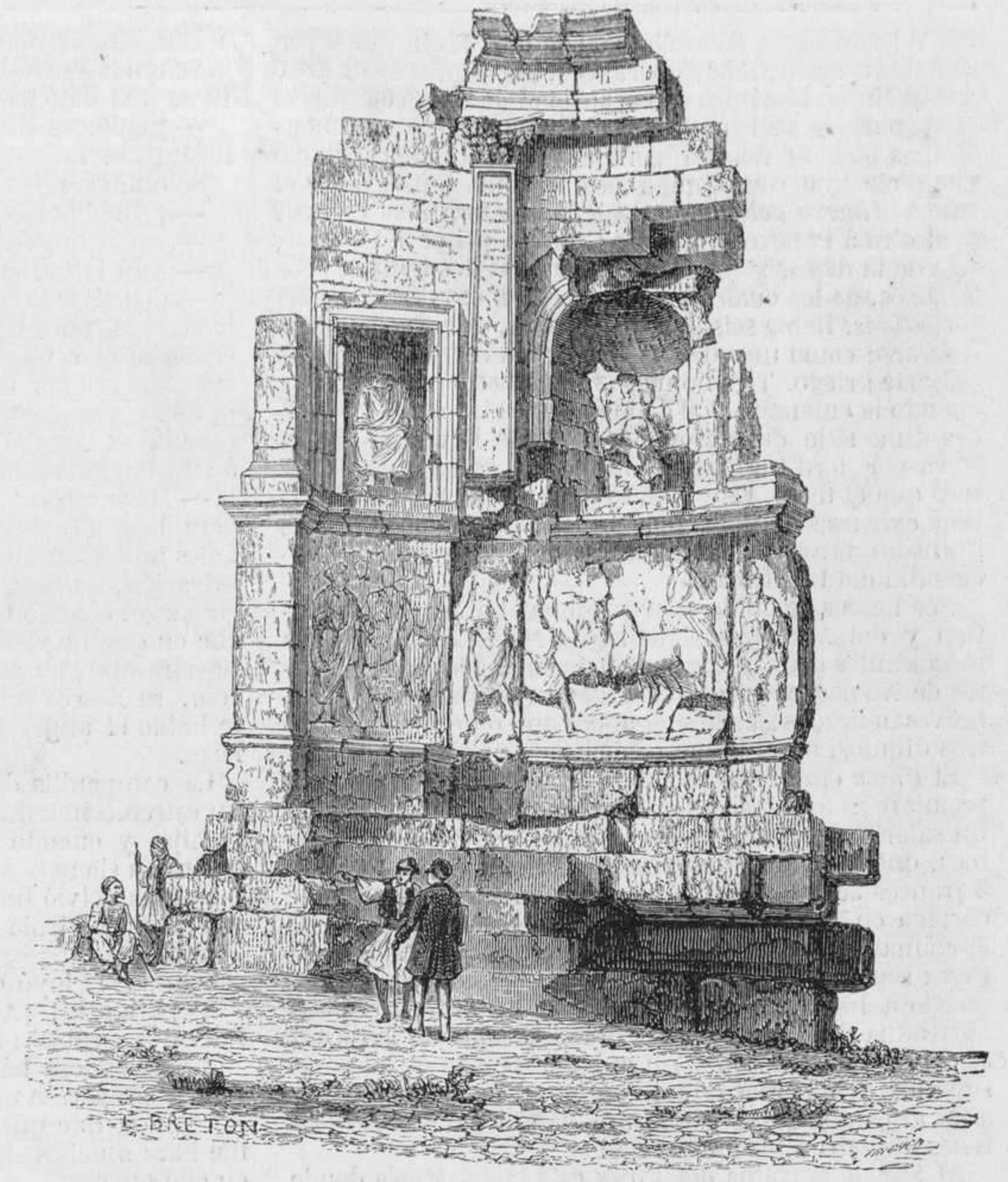
FACHADA ORIENTAL DEL PARTENON.

to período; sin duda alguna á Fidias y á su escuela corresponden el honor de los progresos, pues en ese mismo templo del Partenon, que exigia el concurso de tantos artistas, las esculturas de las metopas, en el entablamento, contrastan por la dura y arcaico de su estilo con las de los frontones inspirados por un arte superior.

La composicion de estas últimas, así como el dibujo de las que se desarrollaban bajo el pórtico, al rededor y en la parte superior del muro del templo y comprendian mas de 320 figuras, se debieron probablemente á Fidias, que con su ejecución á diferentes artistas. Por es motivo, en tanto que la composicion del friso forma un todo homogé-



VISTA GENERAL DEL PNYX.



MONUMENTO DE FILOPAPPUS.

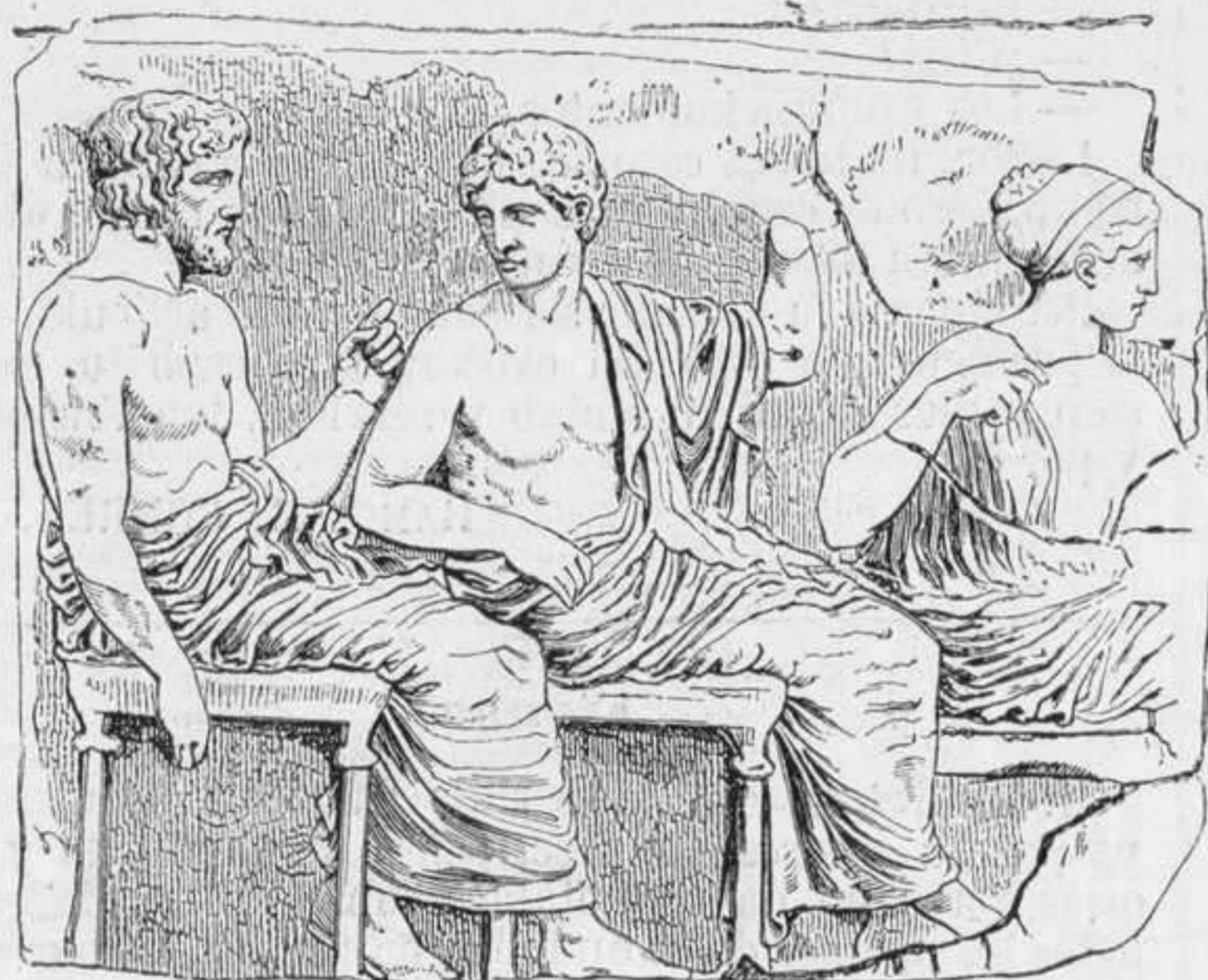
universal de 1835 nos pudimos formar una idea de lo que debia ser semejante estatua, al ver la reproduccion que segun los textos hizo M. Simart para el señor duque de Luyne. Evidentemente, hay aquí una estética nueva para nuestro gusto. Si la música de los griegos hubiese llegado hasta nosotros, no dejaria de poner nuestra sensibilidad á una prueba mas dura todavia. Sea como quiera, es de extrañar que los griegos supieran trabajar el marfil para acomodarle á las exigencias de la estatuaria. Otra particularidad muy propia tambien para trastornar nuestras ideas, es la necesidad en que se hallaban de rociar con agua el marfil á fin de que no se abriera por causa del calor seco. M. Beulé piensa que la Minerva fué sacada del Partenon en



GUERRERO DE MARATON.

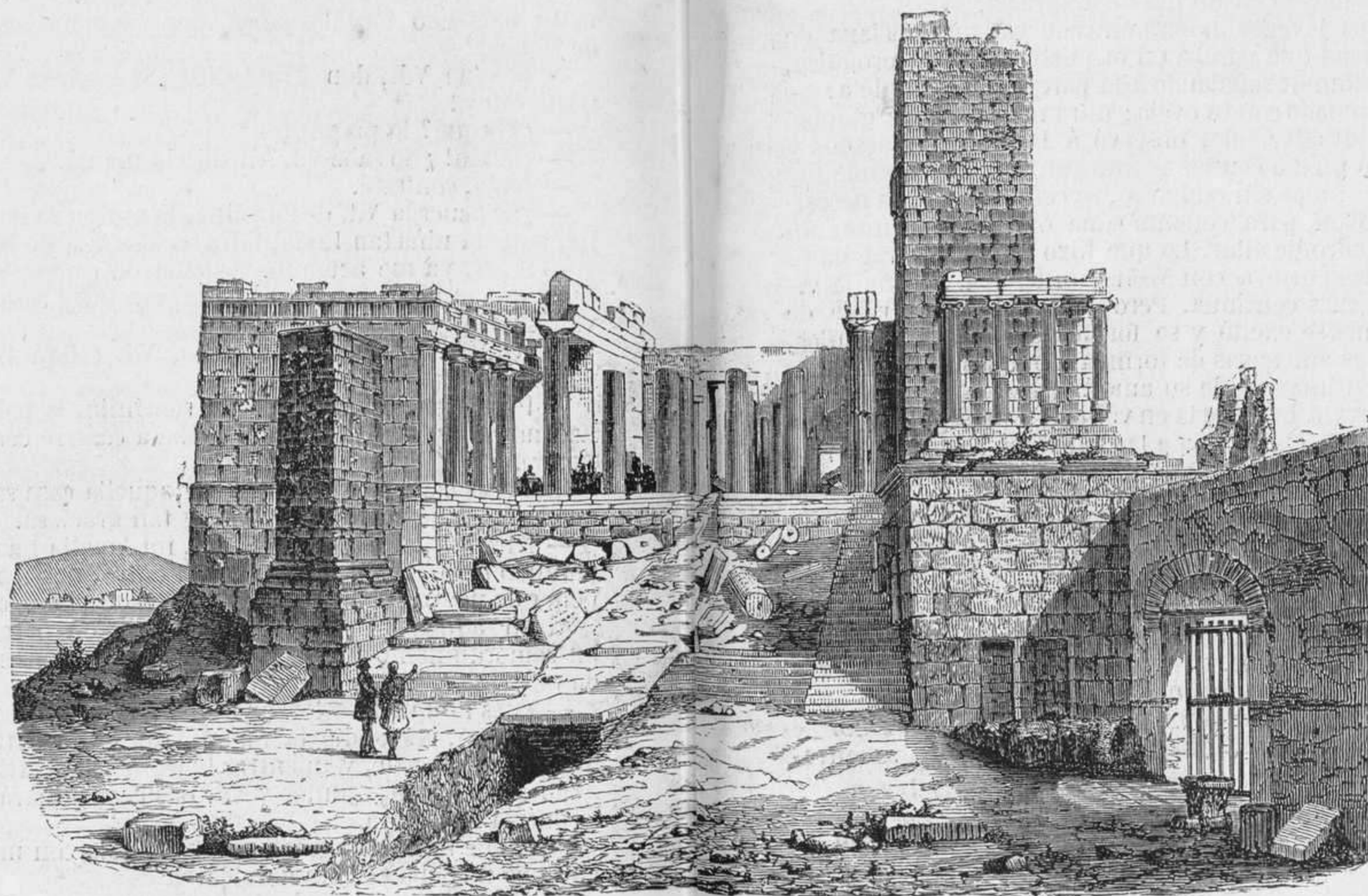


MEDALLA DE MINERVA PROMACHOS.



FRAGMENTO DEL FRISO DEL PARTENON.

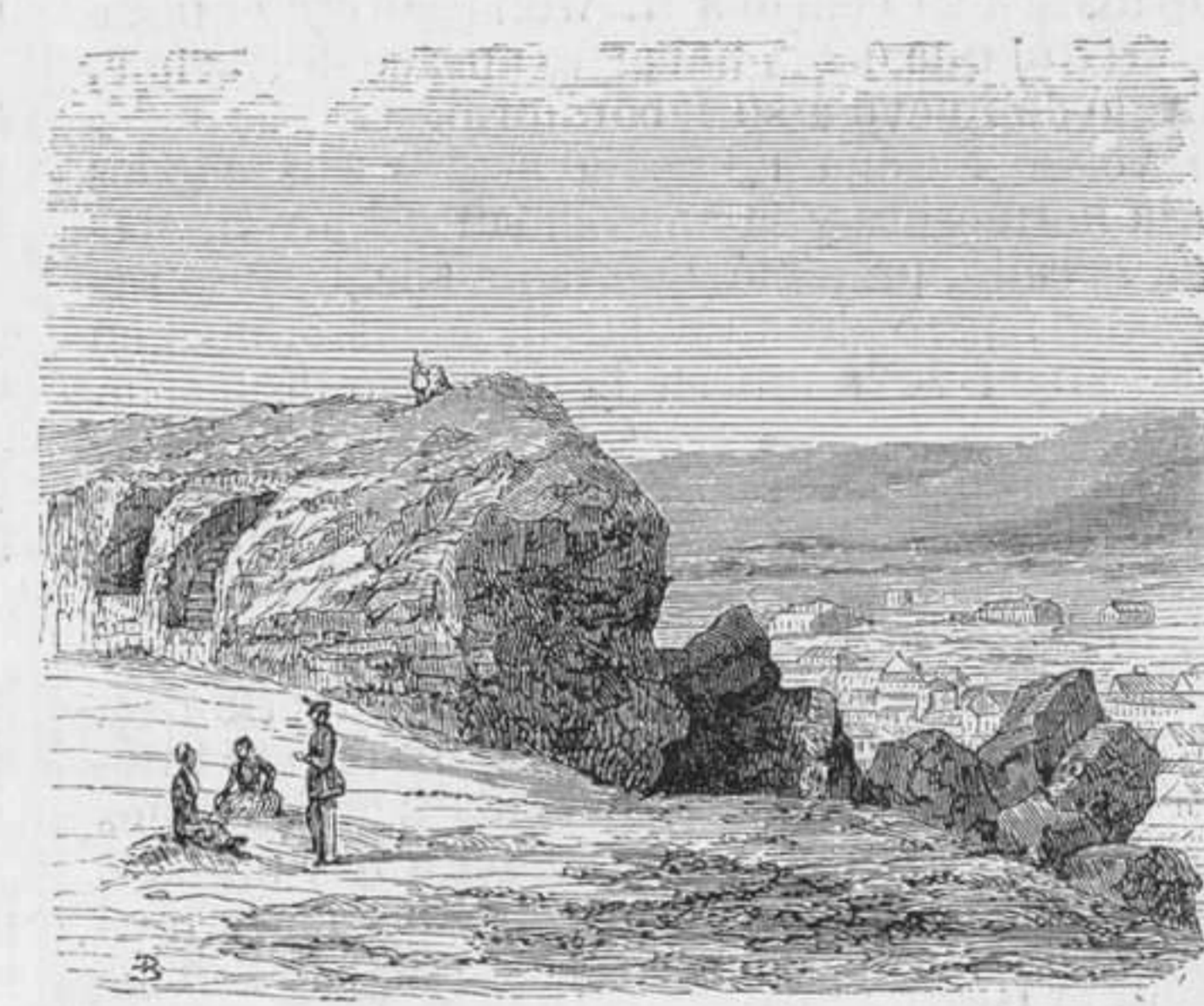
Si se piensa en lo mucho que tenia que hacer, hay que pronunciarse por la negativa. Sin embargo, M. Beulé, previo un atento examen, cree poder decir que el fronton oriental fué obra de Fidias ayudado por sus discipulos, y el fronton opuesto de Alcámenes. El fronton oriental debia contener unas veinte figuras en relieve de unos cuatro metros de altura. Por los vaciados en yeso de algunas de esas figuras que existen en Paris en el palacio de Bellas-Artes se puede juzgar de la ciencia de modelado, de la nobleza de estilo que poseian. Si pensamos en lo que era un poco mas de un siglo antes el arte egíptico (véanse las esculturas conservadas en la gliptoteca de Munich) causa sorpresa la prodigiosa perfeccion á que se elevó el arte helénico en tan cor-



LAS PROPILEAS.



MEDALLA DE ARTAJERJES I.

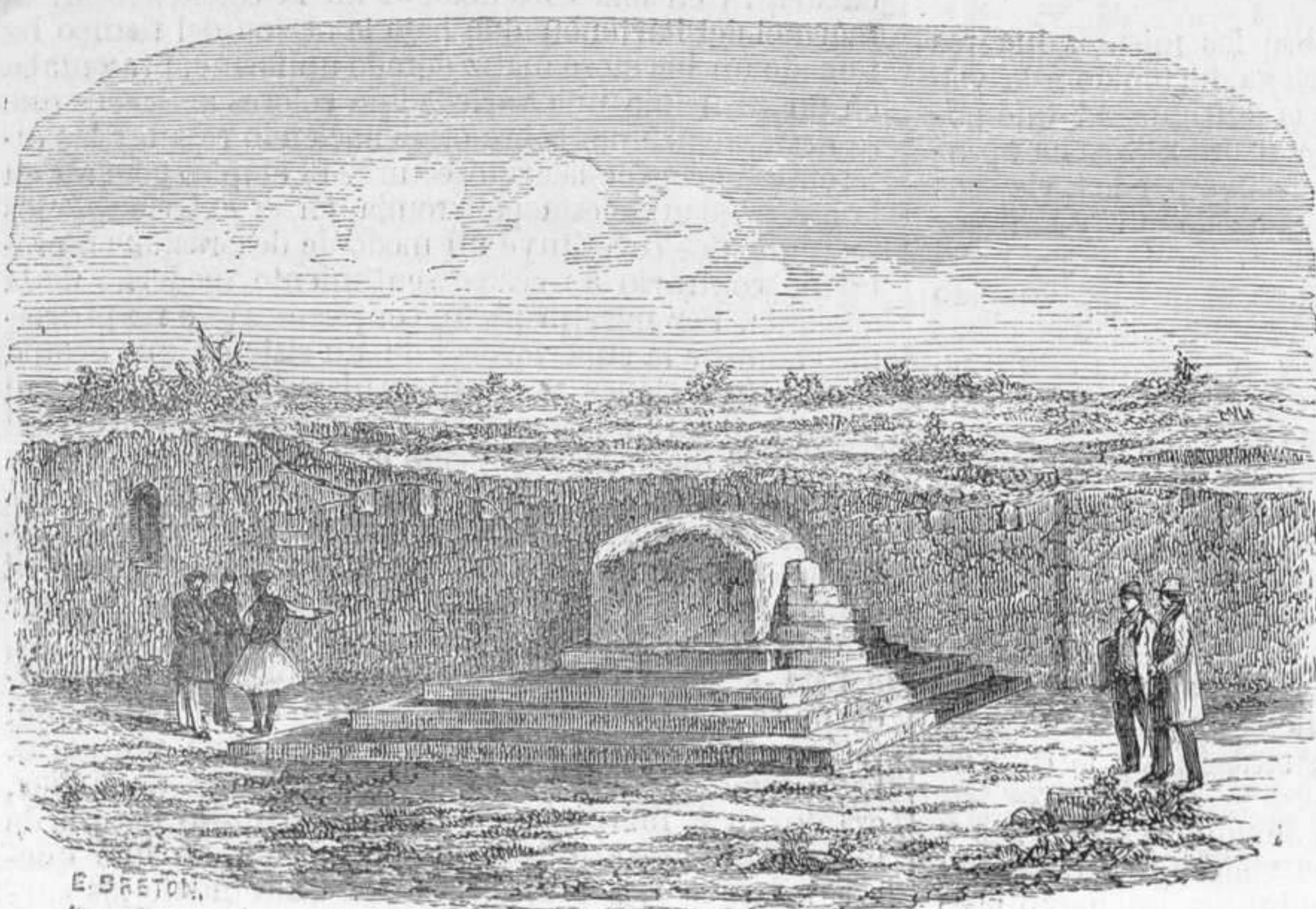


VISTA DEL AREOPAGO.



MINERVA (estatuilla de trabajo romano).

y esas obras maestras fueron rotas por la torpeza de los obreros. Mas tarde, una porcion de barracas turcas invadieron como una lepra asquerosa el divino edificio, pero al menos tenian una ventaja, y era el de sustraerle á la devastacion. El gran despoliador fué lord Elgin en 1801. Lord Elgin le despojó de sus mas bellas esculturas arrancadas con una brutalidad odiosa. Byron ha clamado contra esta barbarie en *Childe-Harold* (Canto II). « De todos los que han destruido ese templo elevado sobre el Acropolis ¿quién fué el último, el mas bárbaro y el mas estúpido? Averguézate, Caledonia, uno de tus hijos... El inmóvil orgullo de un moderno Picto tiene á gloria hacer pedazos lo que habian respetado los godos, los tur-

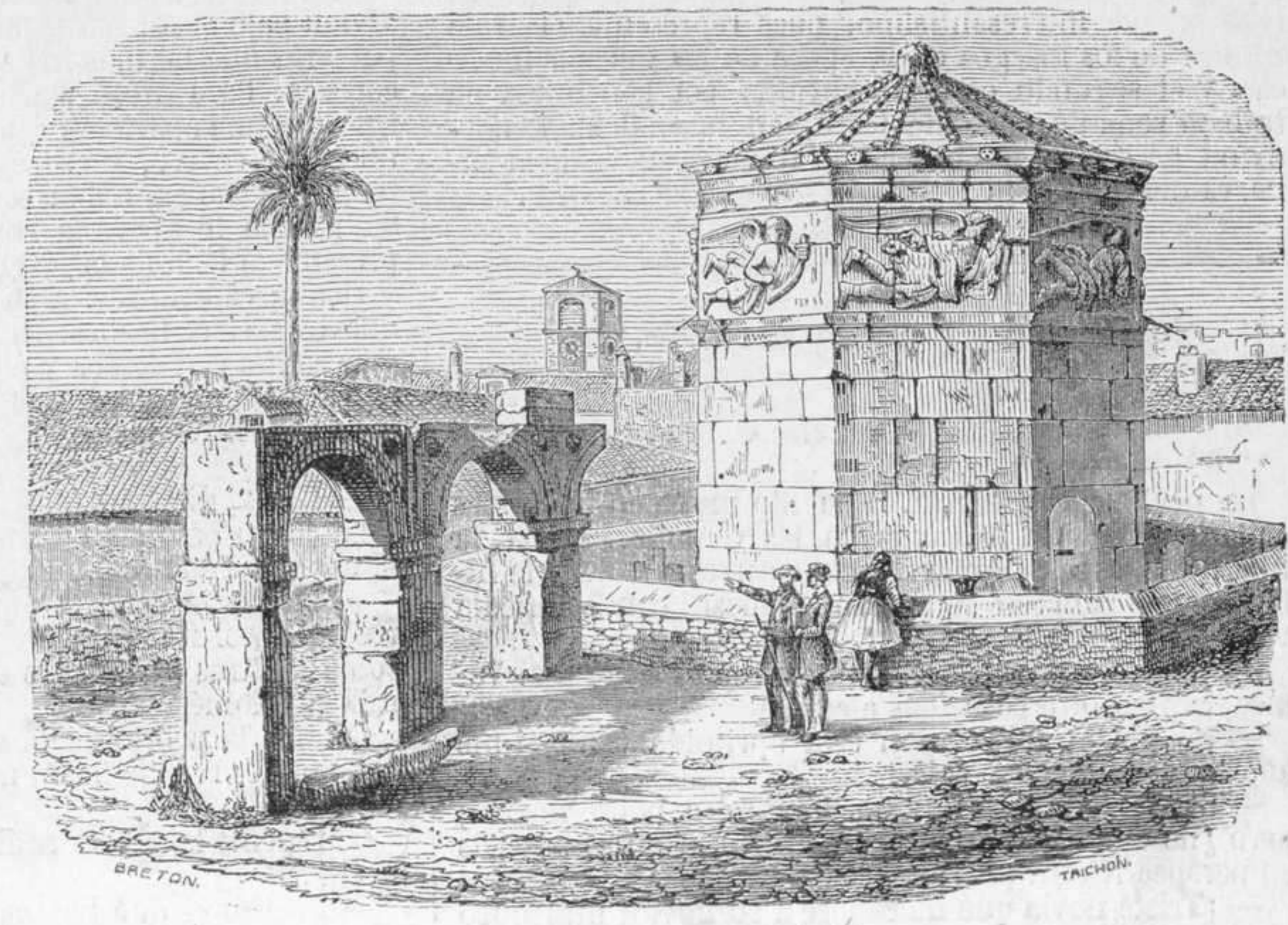


TRIBUNA DEL PNYX.



FACHADA OCCIDENTAL DEL ERECTEION.

del paganismo, se mutilan las figuras esculpidas, y en el siglo VII para trasformar el templo en iglesia se estropea el fronton oriental. Salvo esta mutilacion parcial « ¿no es triste pensar, dice M. E. Breton, que la creacion mas extraordinaria del genio del hombre se hallaba aun entera al cabo de mas de 2,000 años, cuando de enmedio de un ejército italiano (los venecianos en guerra con la Turquía) se lanzó á fines del siglo XVII (1687) la bomba fatal que debia convertirla en un monton de escombros? » La explosion cortó, digámoslo así, el monumento en dos partes: la mayor parte de los muros y unas quince columnas se vinieron abajo. Por la misma época Morosini quiso arrancar del fronton oriental la figura de Minerva con su carro y sus caballos,



LA TORRE DE LOS VIENTOS.

« Dime, amiguito, ¿quién te ha enseñado á tirar así de la basquiña á las mozuelas? Mira la madre de los patos cómo se escandaliza de tal osadía, y cómo se enfadan sus hijuelos. » Sí, sí; por cierto que se enfadan mas que la aldeanita. — Guerra menor.

¡Oh! ¡Oh! este sí que no se anda en pequeñeces. Ha visto pasar á la lechera, la bonita lechera, con su corpiño encarnado y su basquiña corta blanca como la nieve... la ha visto y hé ahí que deja sus bueyes y su arado. La labranza que siga como pueda; nuestro mozo la abandona á toda prisa, toma por el talle á la lechera y la da un beso, un beso tan solemne que los pajarillos asoman la cabeza por el nido. ¡Un beso! ¿quién sabe si son dos, ó tres, ó cuatro? ¡Oh! la pobre lechera, cómo se defiende. — Guerra mayor.

¡Qué pícaras son las muchachas cuando se reunen!



GUERRA MAYOR.

Hé ahí un mozalvete que sin pensar en otra cosa que en su trabajo va empujando por el camino su carretón de heno; ellas son cuatro y están sentadas en una cuestecilla á la sombra de los árboles: ¿porqué no le dejan pasar tranquilamente? La primera le arranca su gorra, la segunda le da un puntapié en el hombro, la tercera le reserva una famosa bofetada, y la cuarta le tirará del cabello ó de la oreja.

— ¿Porqué me acometen así? se dice el pobre chico, ¿qué las he hecho?

¿Qué las has hecho, amigo mio? — Eres muy tímido, bajas los ojos y te pones tan encarnado como una cereza cuando te dirige la palabra una jóven; si bailas con ella un wals, apenas te atreves á estrechar su mano y su talle, y sin embargo, no eres el mas feo de la aldea. — Por eso te persiguen y te acometen. — Guerra menor.



GUERRA MENOR.



GUERRA MENOR.

La moza lleva su vaca á la fuente: el hermoso animal con el hocico humeante inclina la cabeza y bebe el agua fresca lentamente. Sin embargo, apoyado en el muro de piedra, un muchachon robusto y vigoroso, que lleva en la cabeza una gorra de pelo de zorro, mira á la jóven sin decirle nada, nada mas que lo que dice su mirada profunda y tierna... ella parece que no le mira, pero le ve, y su corazon palpita fuertemente. — Guerra mayor.

Delante de la puerta de su casita rústica Hans está fumando en su enorme pipa. Un sol claro y hermoso baña la llanura con sus rayos, un sol de primavera. En las ramas de los árboles asoman ya botones verdes; en suma, la naturaleza está bellísima. Hans mira á lo lejos hácia la casa en donde vive Rosa y se dice:

— No soy jóven ni hermoso, y Rosa es muy guapa y



GUERRA MAYOR.

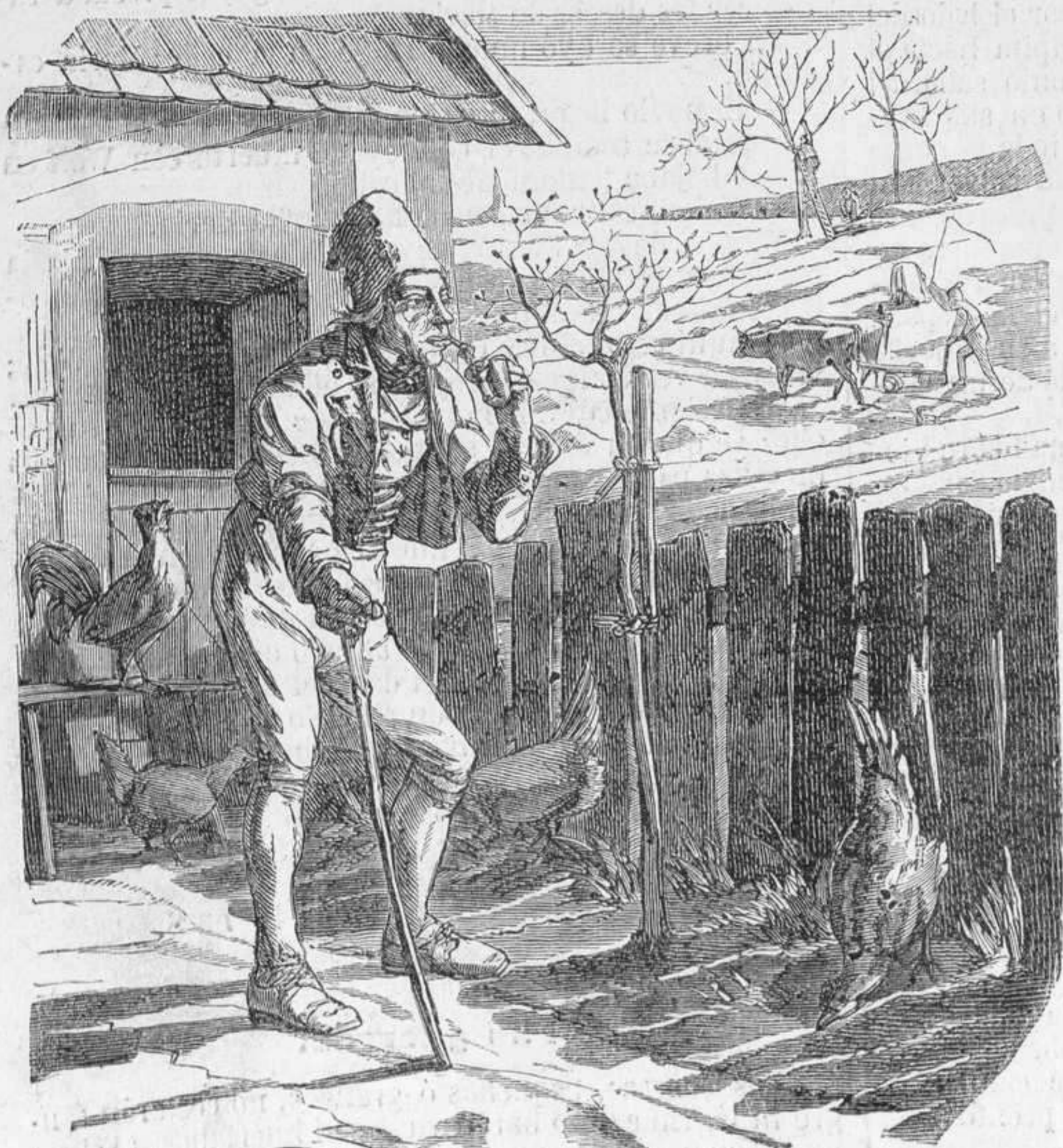
muy jóven; la amo con un amor que no se acabará nunca... ¡si me amara ella!...

Y el gallo se pone á cantar un alegre quiquiriqui, y le parece á Hans que le está diciendo:

— Rosa te amará.

¡Dios mio, qué ventolera! Cómo se lleva las gorras y los pañuelos de las muchachas; ¡pícaro viento! Los gansos se alborotan y huyen lanzando gritos quejumbrosos. En la casa, detrás de los vidrios, se están riendo á carcajadas de los animales y de las mozas. Muchachas, dejad que se lleve el aire vuestras gorras y vuestros pañuelos; ya habrá jóvenes que los recojan y os los traigan... por su trabajo os pedirán un beso, y se le dareis porque no estaria bien negársele... y luego porque no es desagradable dar un beso á un buen mozo. ¡Dios mio, qué ventolera!

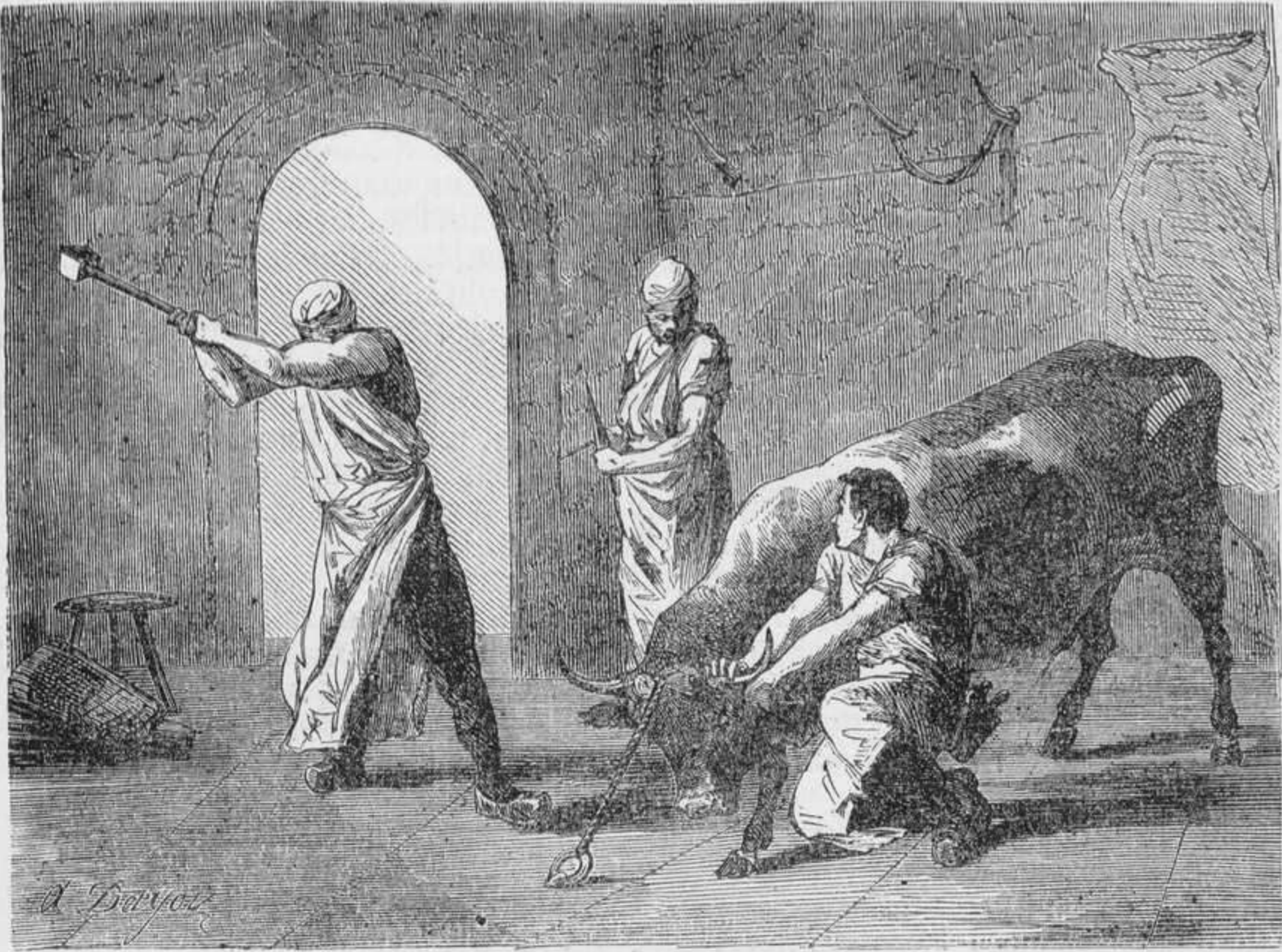
H. C.



ESPERANZA.



VENTOLERA.



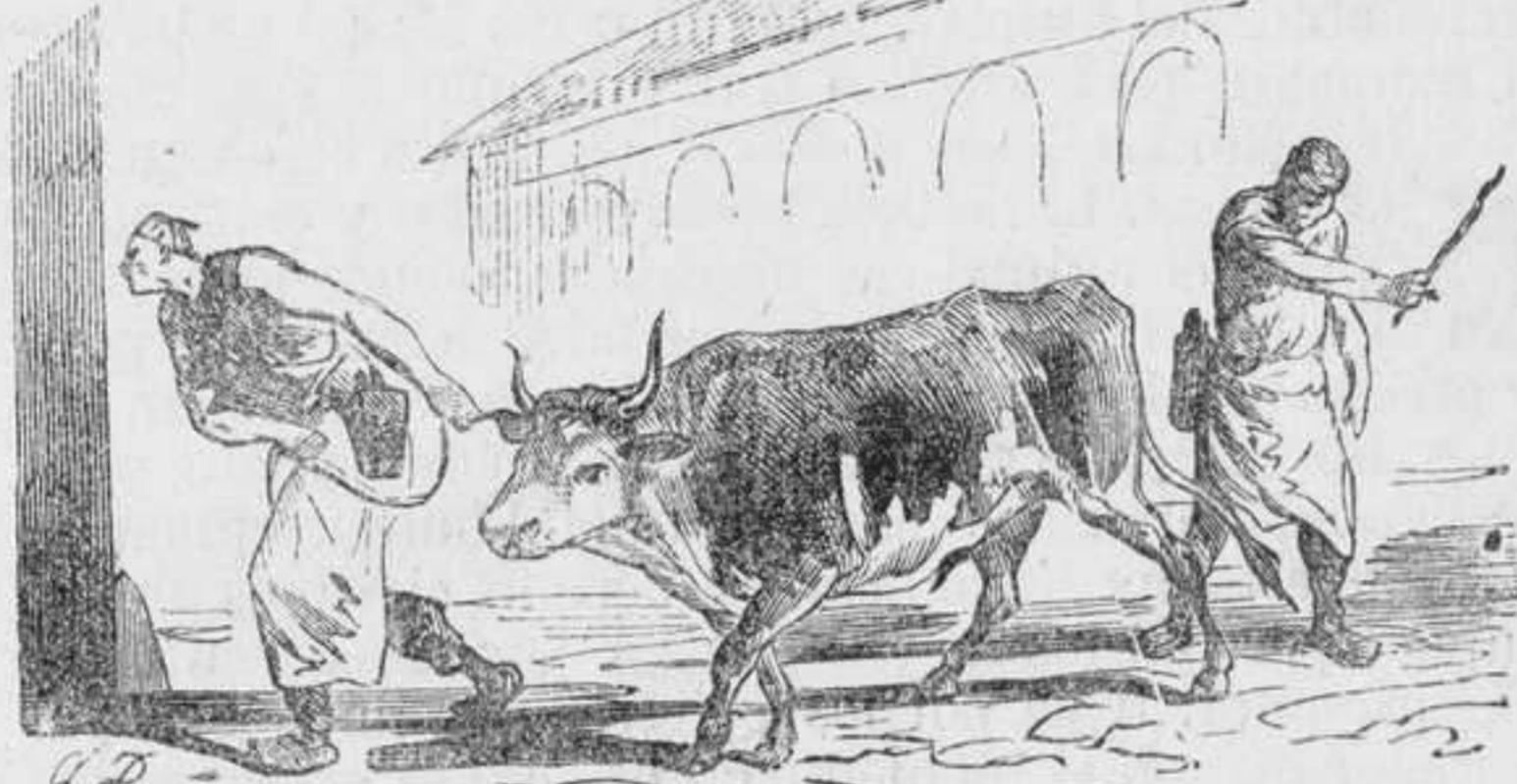
LA MATANZA.



LA SANGRIA.



EL SOPLEO.



EL PELADERO.



EL ENERVAMIENTO.



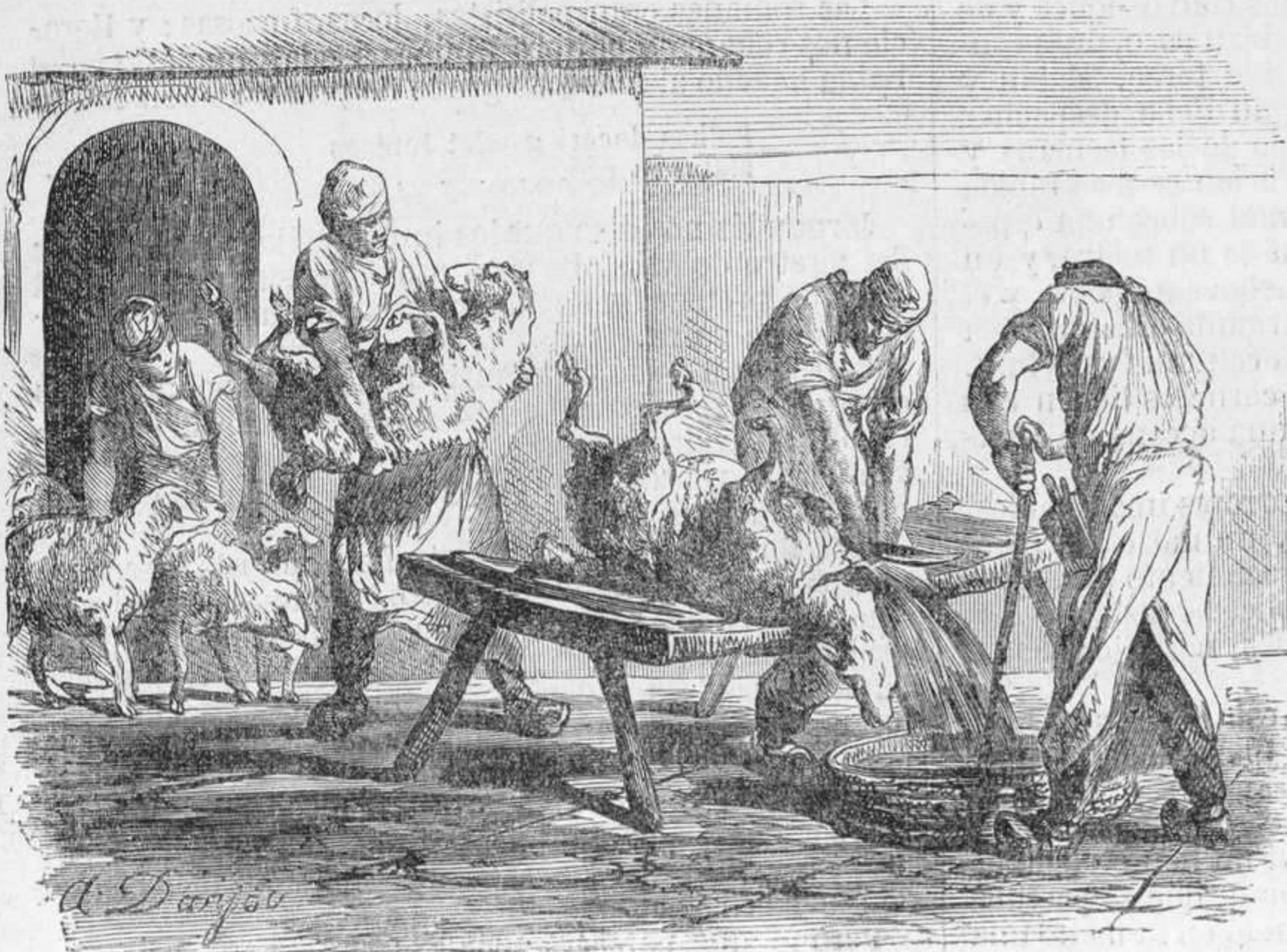
EL DESUELLO.



EL MATACHIN.



EL SOPLEO DE LA TERNERA.



SISTEMA JUDIO.



SISTEMA JUDIO.

encontrar la polka en Oriente lo mismo que en Occidente. En todo tiempo se ha polkado en el Indostan en la procesion de Jargatutha; y en el matrimonio del sultan Selgint-Malek con la hija del califa Abassida Mostadi, que se celebró en Bagdad en 1807, se gastaron en los postres ochenta mil libras de azúcar, y se bailaron diez y ocho mil polkas. Los derviches turcos polkan; y se cita á un cierto Menelao, que polkó catorce días seguidos, sin descansar, al son de la flauta de su compañero.

Hay mas: cuando John Davis penetró, en 1578, en el estrecho que lleva su nombre, hizo bailar la polka á su tripulacion, para ganarse la confianza de los naturales de aquellas islas, que salieron á su encuentro.

Vulcano, Tirteo y Nemesis, Tamerlan, lord Byron, Talleyrand y algunos otros ministros españoles de esta época constitucional, son los únicos personajes, imaginarios ó verdaderos, que no han polkado durante su vida. La razon se adivina fácilmente.

En ningun pais, ni en ningun tiempo, ha hecho la polka mas furor que en Madrid: en las sociedades elegantes, en los bailes de medio pelo, en Chamberí, en la Fuente Castellana y en los siempre célebres de Capellanes, cuartel general de las modistas y criadas de Madrid, se polka á rabiarse. Pero guárdese uno de confiar su pierna en aquel extraordinario desbordamiento de aficionados torpes y desconocidos. La polka no sufre medianía. Mal enseñada, es una cosa monstruosa, imposible. A esto suelen llamar polka *intima*.

La verdadera, la noble polka, no es ni la cracoviana, ni el paso stirio, ni la saboyana, ni un wals á cuatro tiempos, ni una galop con comentarios, ni un cancan parafraseado: es un baile especial, que tiene algo de los otros en la parte graciosa y voluptuosa, sin parecerse á ninguno; paso muy sencillo, muy fácil, pero que á muy pocos es dado bailar bien, y menos enseñarlo. Entre el pequeño número de los elegidos, Vensano y Miqueli forman una escuela. *Chuleta* forma otra escuela mas numerosa y democrática, que con sus polkas esparce la alegría todos los días, y en donde se goza mas al sonido de una flauta y un fligie, que en los suntuosos salones y al eco de numerosas orquestas.

A riesgo de parecer prolijos, y aun pesados, no queremos terminar este artículo filosófico, sin hacer algunas observaciones de lingüística sobre la palabra *Polka*.

Se sabe que uno de los juramentos latinos, frecuentemente empleado en Plauto y Terencio, era *Pol*, que todos los traductores han tomado así por Pólux. ¡Contrasentido secular! ¡Cómo los humanistas de todas las naciones no han comprendido que esta expresion, en lugar de ser el síncope de Pólux, era el de Polka? ¡Se quiere un argumento que corte la cuestion? Chremes, en los *Heautontimorumenos* de Terencio, sabe que Ceitiphon, su hijo, ha pasado la noche en bailar con su querida. Le dice: ¡*Pol! me occidisti*, etc. Los Padres Escolapios, donde gasté tres años en aprender una lengua que hoy nadie habla, que me ha costado muchos azotes y servido de muy poco, me hicieron traducir: «por Pólux me has hecho morir.» No, y mil veces no; con perdon de mis sabios maestros, es preciso decir: ¡por la polka me has hecho morir!

La palabra *Polka* viene de dos palabras griegas, y esta etimología le hace significar literalmente: ojo de la civilizacion. Así llamaba Ciceron á sus veinte y dos casas de campo, los *Ojos de la Italia*. Lo que probaria que esta raiz es verdadera, es que el inmortal Newton, en su lúcido comentario sobre el sétimo cuerno de la bestia, al Apocalypsis, pretende que la mujer, sobre cuya frente vió el apóstol escrito la palabra *Misterio*, es la polka. Desde la aparicion de la polka se ha suscitado una cuestion. Trátase de saber si debe decirse polkador ó polkista. Muchas personas emplean indistintamente el uno y el otro nombre; otras no usan mas que el uno exclusivamente. Los dos hacen mal: los dos nombres deben conservarse. Entre un polkador y un polkista hay, en efecto, la diferencia que existe entre un *operista* y un *dilettanti*, entre la teoría aficionada del arte y su práctica apasionada. Polkador se dice aquel que baila simplemente la polka, y polkista el que se dedica al estudio de este baile para conocerlo en su naturaleza, en sus diversas formas, sus matices climatéricos, sus variedades nacionales ó individuales.

En cuanto á *polkante*, es el adjetivo de la palabra; así como *polka-morbus* es el término genérico bajo el que se comprenden todas las enfermedades que resultan de la Polka.

Esta distincion, que era muy importante establecer, indicará tambien el por qué firmamos este artículo.

Un polkista polkador.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

Las flores de tu jardin (1).

EN EL ALBUM DE ***

De conchas adornada de corales
Alza su frente altiva con orgullo.

(1) Deseosos de estimular todo noble propósito, no vacilamos en publicar la siguiente poesia de un joven verezolano, mejor dicho un niño. El señor de Las Casas signe sus estudios en Liverpool y aprovecha grandemente. Consagra sus horas de recreo al culto de las musas: sin maestro, sin director, sin modelo ha escrito algunas composiciones como la presente. Son flores espontáneas nacidas en un terreno virgen. *Eo ahead!*

La reina de las flores;
Mecido por las brisas matinales
Duerme el tierno boton en su capullo
Bebiendo sus olores.

Rie el clavel de su elegancia ufano,
Y mas allá las purpurinas rojas
Ostentan su hermosura,
Y aquí se oculta la violeta en vano
Tras la verde cortina de sus hojas
Con plácida ternura.

Sobre su débil tallo de esmeralda
Levanta hermoso su copon de nieve
La cándida azucena,
Dichoso el colibri juega en su falda
Y la miel de su seno inquieto bebe
De fresca aroma llena.

La reseda sus múltiples botones
Abre al dorado insecto que la besa
Y en torno de ellas gira;
Mas derramando pródiga sus dones
Con su fragancia el ánima embelesa
Y con la tarde espira.

Sobre su esbelto y delicado tallo
Se mece satisfecho el blanco lirio,
Y la pálida frente
Dora el sol de la espiga, con su rayo,
Que cual brillante é inflamado cirio
Se levanta luciente.

Abre su bello cáliz la amapola
Y al sol le roba los colores de oro
Y á la rosa su grana;
La aurora deposita en su corola
Sus cristalinas perlas, gran tesoro,
Que hereda la mañana.

Con sus risueñas hojas de oro y lila
La bella lisonjera el suelo alfombra
Y el lindo amor-y-celos
Que al soplo de los céfiros vacila,
Retrata de sus hilos á la sombra
El azul de los cielos.

Y allí de las extrañas primaveras
En medio de sus pétalos morados
Se ostenta el rubio broche,
Y al lado de risueñas malvarosas
Vela el jazmin en verdes emparrados
La solitaria noche.

Con majestad el girasol despliega
Sus abundantes rizados de topacio
Y abre á la amante aurora,
Que con sus dulces lágrimas lo riega,
Las puertas de oro de su real palacio
Que encantos atesora.

Mas nada son, querida, en tu presencia
Esas risueñas flores que afanosa
Cultivas con cariño:
La aroma y el clavel pierden su esencia,
Su bello rosicler la altiva rosa,
La azucena su armiño.

Y siendo tú sultana de esas flores,
La flor mas bella que en el prado ameno
Ufana se recrea,
El insecto feliz que tus olores
Dichoso bebe en tu encantado seno
Permíteme que sea.

EMILIO DE LAS CASAS.

Revista de la moda.

SUMARIO. — La corte continúa en Compiègne. — Los juéves de Madama de Solms. — Las celebridades que concurren á estas reuniones. — Las comidas americanas. — Nuevas joyas patrióticas. — La bandera americana. — Una pregunta á la articulista de modas. — Escasez de novedades. — Siempre los mismos trajes y los mismos colores. — Descripción del figurin de este número que representa cuatro trajes distintos á la orden de la moda.

Como la corte continúa en Compiègne, aun no tenemos en Paris mas que algunas reuniones íntimas en los salones á la moda. Madama de Solms recibe todos los juéves, y sus convites son muy buscados en los círculos diplomáticos, políticos, científicos, artísticos y literarios. Se asiste con un traje oficial, frac negro, corbata blanca, pantalon negro, chaleco blanco liso ó bordado con botonadura lisa ó de pedrerías. Algunos jóvenes se presentan con pantalon perla y frac azul con botones de oro. Nunca se baila en casa de Madama de Solms, y sin embargo la hermosa señora de la casa no tiene mas de veinte y ocho años; pero ha querido dar á sus reuniones un carácter formal. M. Viennet lee allí sus tragedias; M. Babinet encuentra un astro nuevo, una estrella de grande

hermosura cada vez que distingue á Madama de Solms; M. Dupin descansa de los cuidados de la jurisprudencia; M. Emilio de Girardin habla con el doctor Veron del *Constitutionnel* y de la *Presse*; Madama Anais Segalas recita sus delicadas poesias; Mlle Karoly declama las tragedias de M. Ponsard que la está oyendo; Madama Ugalde canta sus piezas favoritas; Madama Carlota Dreyfus toca el órgano Alexandre en tanto que M. Samary hace llorar su violoncello, y finalmente, Madama de Solms con su voz encantadora dice algunas de sus lindas *Flores de Italia*, que han nacido bajo el sol del destierro en cánticos patrióticos y graciosos.

La sociedad americana que se encuentra triste y tan preocupada desde hace algunos meses, se muestra ahora mas alegre y confiada. En la última semana ha habido grandes comidas en las casas de varias familias importantes de los Estados del Sur establecidas en Paris. En una de esas reuniones las señoras llevaban por adorno la nueva bandera de los confederados reducida á joyas, las unas en alfiler de pecho, las otras en sortija y varias en aguja de cabeza. Esta bandera como la del Norte, ofrece la reunion de estos tres colores, azul, blanco y encarnado, aunque dispuestos de distinto modo.

El cuerpo se divide en tres bandas, una blanca, entre dos encarnadas. El cartucho azul y de forma elíptica contiene las trece estrellas que corresponden al número de los Estados confederados, y que forman un círculo en el cual una de ellas es el centro. La bandera de los Estados del Norte tiene el cartucho azul y cuadrado y el fondo alternado de bandas encarnadas y blancas.

Pero á todo esto mis lectores van á exclamar:

— Alto ahí, señora articulista: ¿cuándo nos habla Vd. de la moda?

Es verdad; me entretengo en describir las reuniones de Madama de Solms y los colores de la bandera americana; pero es porque no tengo gran cosa que decir en punto á modas.

Los vestidos de nuestros elegantes están muy lejos de parecerse á los trajes femeninos que se renuevan continuamente.

En cuanto á traje de soirée, sigue de moda el uniforme de entierro: frac de paño negro, pantalon de satin negro y aun chaleco negro.

¿Puede darse nada mas alegre?

¿Porqué los señores elegantes no hacen lo que nosotras, porqué no dan un golpe de Estado en sus modas, y se libentan de la vulgaridad adoptando trajes que al pronto puedan parecer excéntricos, y que al cabo y al fin serán aceptados por todo el mundo?

Que principien por el frac azul con botones de oro, un bonito chaleco de seda granate ó de otro color y un pantalon gris perla, y verán el efecto que producen?

Estoy segura de que hablo aquí á mas de un convertido, pues los extranjeros tienen mas iniciativa que los parisienses, que se visten todos iguales.

En cuanto á los trajes de calle los sobretodos continúan con poca diferencia de la misma forma. Únicamente los ribetes les dan un carácter de novedad.

Los ribetes de lana se prefieren á los de seda, porque están mas en armonía con el aspecto tosco de las telas.

Los chalecos se hacen muy altos con chal ó sin él, pero regularmente llevan chal redondo.

Los pantalones continúan anchos hácia arriba y mas estrechos sobre la bota y el zapato.

Tales son las únicas noticias de la moda.

Para concluir, hé aquí la descripción del figurin de este número que representa cuatro trajes diferentes.

El primero se compone de una esclavina forrada y guarnecida de pieles, lo que no es quizá una novedad; pero de todos modos constituye una prenda siempre muy á gusto en los elegantes aficionados al comfortable. El corte es en realidad el de un largo paletó-saco cerrado hasta el cuello.

Bajo esta esclavina se puede llevar un traje de vestir, de teatro ó de baile.

Nuestro jóven lleva un pantalon de fantasía. — Levita de paño negro y chaleco de felpilla azulina con corbata azul.

Sigue un niño de unos doce años, con una larga chaquetilla medio ajustada, sin cuello, y con solapas que se pueden ajustar sobre el cuello. Esta chaquetilla de paño color de castaña está ribeteada con un galon de seda al rededor y en las mangas. El chaleco y el pantalon son de la misma tela.

El traje de la jóven representa un sobretodo que los sastres parisienses producen actualmente con mucho éxito. Es casi un paletó de hombre, salvo el adorno y el vuelo. Las mangas son muy anchas, pero se pueden hacer menos, como mangas de hombre.

El último traje es el mas variado. Sin embargo, el sobretodo recuerda exactamente el dorsay; es de terciopelo de lana con cuello de terciopelo y un ancho galon cosido llano al rededor.

El chaleco es de fantasía.

El pantalon de cuadros cae ancho y derecho sobre la bota.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

La fiesta de Navidad en la baja Bretaña.

Durante la semana de Navidad se pone en ciertas iglesias del Finistere un nacimiento, tal como se ve representado en nuestro dibujo. Sobre un tablado alto una especie de gruta construida de guirnalda de yedra llenas de oropeles, y que tiene en su parte superior esta inscripción: *Gloria in excelsis Deo*, figura un establo que caracterizan mas particularmente el pesebre, el asno y el buey colocados en último término. La virgen María ocupa el centro de la escena teniendo en sus brazos al divino Niño; san José está cerca de ella; los magos rinden homenaje y ofrecen joyas y perfumes al Rey

de los reyes; por último, á lo largo de las paredes laterales, se ven pastores y pastoras con trajes bretones, cada cual con su cayado ó con un cestillo lleno de los artículos que se venden en la plaza.

Dejando aparte el anacronismo, estas figurillas están vestidas con un escrupuloso respeto del colorido local. Delante del tablado hay una barrera que contiene á la muchedumbre. Todas las clases de la sociedad se confunden en esa visita, que no se termina sin echar una limosna en la bandeja para los pobrecitos recién nacidos, y sin dar un beso á la santa imagen de Jesús con piadosa ternura.

La víspera de la gran solemnidad religiosa las calles están llenas de turbas de mendigos y de muchachos que van de puerta en puerta pidiendo aguinaldos y cantando villancicos franceses y bretones. En estos cánticos populares, donde la asonancia reemplaza la rima, hay algunas coplillas muy originales. Citemos tres que nos han parecido muy característicos.

El primero, obra trivial de algun aldeano gloton, celebra la colación de Nochebuena; no habla mas que de jamones, de tripas y morcillas. — El segundo, dedicado á santa Catalina, se canta con el tono mas lamentable: es un soporífico empleado con el éxito mas brillante por

las nodrizas bretonas para dormir á los niños.

Mi padre era pagano,
Mi madre no lo era.
Una tarde á la oración
Me encontré mi padre...

Indignación del padre que llena de invectivas á Catalina; las súplicas de su esposa cristiana le enfurecen mas, y tomando un hacha, da con ella el golpe mortal que estampa en la frente de la jóven mártir la eterna aureola de los elegidos.

En el tercero se trata del alma de un justo, que libertada de las miserias de esta vida, llega sobre las alas del ángel guardián á la estancia de los bienaventurados; san Pedro abre la azulada puerta del paraiso y entra. Esto está dicho en treinta coplillas, y el villancico concluye diciendo:

Los ángeles estaban á la
[mesa
Cantando el Gloria
Ave Maria.

Hé ahí lo que son los villancicos bretones que maravillan al sencillo auditorio á que se dirigen; los niños, siempre deseosos de aprovechar las ocasiones de ejercer la caridad, reunen durante el día un monton de cuartos destinados á recompensar el celo de los cantantes, que gracias á esta limosna pueden celebrar tambien las Navidades.

R. DE K.



LA NATIVIDAD EN UNA IGLESIA DE BAJA BRETAÑA.



CANTANTES DE VILLANCICOS EN LOS PUEBLOS DE BAJA BRETAÑA.